

Laura J. García

Historias que no suceden



**PROGRAMA DE DESARROLLO DE DRAMATURGIAS ACTUALES
DEL
INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA**



**GOBIERNO
DE ESPAÑA**

**MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE**

inaem

**INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA**

Historias que no suceden

Laura J. García (Madrid, 1988)

Dramaturga y directora de escena. En 2006 se traslada a Alicante, donde se licencia en Historia. Durante sus estudios forma parte del grupo de Teatro Clásico y Contemporáneo de la Universidad de Alicante. Allí escribe sus primeras piezas dramáticas animada por el dramaturgo Pascual Carbonell.

En 2015 regresa a Madrid para estudiar Dramaturgia y Dirección Escénica en la Real Escuela Superior de Arte Dramático, graduándose en 2019. Realiza sus prácticas externas en el montaje del Centro Dramático Nacional *El concierto de San Ovidio* (Dir. Mario Gas), y en la Asociación de Autoras y Autores de Teatro.

Ha publicado las obras *Estocolmo (Comedia navideña)* (Ed. Fundamentos, 2018), y *Retales de Verano*, (Ed. Fundamentos, 2020).

En 2019 se llevó a escena su adaptación y traducción de la obra de William Shakespeare *Romeo y Julieta. Estrellas Cruzadas* (Dir. Noelia Pérez - Cía. Hysteria Teatro) en el marco del Festival Imparables de Nave 73, un montaje distinguido con la Residencia Artística LOSDEDAE.

Como formación complementaria ha participado en talleres de escritura dramática, narrativa y de guion cinematográfico, televisivo y aplicado al videojuego, impartidos por Jorge Eduardo Benavides, Lola Blasco, Luis Felipe Blasco Vilches, Lucía Carballal, Fernando Epelde, Nando J. López, Darko Lukic, Carlos Molinero, Borja Ortiz de Gondra, José Padilla, Jaume Policarpo, Eva Redondo, José Sanchis Sinisterra, Alberto Velasco o Paco Zarzoso, entre otros.

En 2021 es seleccionada por el INAEM para participar en el IX Programa de Dramaturgias Actuales, escribiendo así la presente obra: *Historias que no suceden*.

Laura J. García

Historias que no suceden



© Laura J. García, 2021

© *Imagen de cubierta*: Rebeca Serrada Pariente y Julen Ibarburu.

© *De la presente edición*:

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música

Diseño y maquetación:

Erica M. Santos

NIPO: 827-21-084-1

Historias que no suceden

Para aquellos que nunca existieron,
porque nadie contó sus historias.

OLMO.- [...] *Ahora nos toca a nosotros. No se nos ve, pero estamos aquí desde hace tiempo. Yo soy mi abuelo, y mis padres, y mi hermana y mi gente, y otra gente que no he conocido nunca pero que formaron parte de mi abuelo y de mis padres. Yo estoy aquí porque ellos tomaron decisiones. Y yo voy a tomar decisiones que tendrán que ver con otros.*

José Ramón Fernández, Yolanda Pallín
y **Javier García Yagüe,**

24/7 (VEINTICUATRO HORAS AL DÍA SIETE DÍAS A LA SEMANA)

Trilogía de la Juventud

PERSONAJES

ALFREDO
AURORA
MERCEDES
SERAFINA
PADRE
CATALINA
EDUARDO
FLORIÁN
ROQUE
GUARDIA CIVIL
OTRO GUARDIA CIVIL
LUGAREÑO
OTRO LUGAREÑO
VECINO

*La obra puede representarse con seis intérpretes.
Tres encarnando los papeles femeninos y tres para los masculinos.*

Tiempo:

Principios de la década de 1940, a comienzos de la posguerra.

Lugar:

- I. Una población mediana en Castilla-La Mancha.
- II. Un pequeño pueblo costero en el sur de la provincia de Alicante.

I.

1.

MERCEDES.- Alfredo me contó que aquel día hacía bastante calor. Era a principios de los 40, pero ya no sé si el 42 o el 45. La guerra había terminado, sin una paz que la sucediera. En aquella taberna del pueblo la música de la radio no se distinguía de las voces de los lugareños, cebando cada tarde las mesas de naipes, con sus charlas de aguardiente y anís. Tras la barra, Aurora atendía a los clientes con la amabilidad de quien sabe lidiar con los comentarios desafortunados de los devotos del vino, y con los de los guardias civiles que nunca desperdician las oportunidades para ostentar su autoridad. Entonces, entró Alfredo.

ALFREDO carga una cesta de mimbre. Se recoloca sus gafas redondas, de cristales empañados, que se escurren del puente de su nariz por el sudor. Toma aire. AURORA observa cómo ALFREDO, sin éxito, trata de quitarse las gafas y limpiar los cristales en su camisa sin soltar la cesta.

AURORA.- Déjela ahí, no se preocupe.

ALFREDO.- Gracias.

ALFREDO deposita la cesta sobre la barra, y desempaña sus cristales con un pañuelo de tela.

HISTORIAS QUE NO SUCEDEN

AURORA.- Apostaría a que ha subido usted la cuesta.

ALFREDO.- No se equivoca. ¿Es usted Doña Aurora?

AURORA.- Así es.

ALFREDO.- Me llamo Alfredo.

AURORA.- ¿Es hermano de Don Pedro, verdad? Hace mucho que no lo veo.

ALFREDO.- Yo tampoco. (*Pausa*) Su mujer lo visita de cuando en cuando.

AURORA.- (*Silencio*) Querrá usted un vaso de agua.

ALFREDO.- No se moleste.

AURORA.- (*Poniéndole el vaso*) Ya no estará muy fría porque la traje esta mañana.

ALFREDO.- ¿No se la traen a usted?

AURORA.- A veces me acompaña un muchacho por dos reales. Si no, pues yo sola en varios viajes.

ALFREDO.- ¿Usted sola para todo un bar? Tendrá un buen par de piernas. (*Pausa*) Perdone, no quería decir...

AURORA.- No se preocupe. Puedo sola, porque no es agua lo que les mantiene hidratados. ¿Qué le pongo?

ALFREDO.- Pues verá, no venía a tomarme nada. Quería preguntarle si le interesaría comprar unos huevos.

ALFREDO muestra el interior de la cesta.

AURORA.- Tiene usted muchas gallinas.

ALFREDO.- No, yo no. Me los han dado. Tengo una escuela y este mes el padre de uno de los chavales solo pudo pagarme en huevos.

AURORA.- Ah, claro. Usted es el maestro. Con razón no lo había visto antes. Su hermano dice que usted no es mucho de tabernas.

ALFREDO.- Sin menospreciar su noble oficio, soy más de entregarme a la lectura.

AURORA.- ¿Y qué lee?

ALFREDO.- De todo un poco, sobre todo Historia y a los poetas clásicos... Todo lo que pueda servirme para dar clase. Aunque muchos padres se contentan con que enseñe a sus hijos a leer, escribir y las cuatro reglas. Total, me dicen, qué más dará que sepan de Bécquer o Calderón si luego van a ser mineros.

AURORA.- O pastores.

ALFREDO.- Claro, y piensas: puede que tengan razón. Son tiempos difíciles, los mayores me faltan a clase con la vendimia. Nada más ponerse en pie, ya tienen que arrimar el hombro para traer el pan a sus casas. Pero ay, tendría que haberlos visto usted esta mañana. ¿Le gusta Quevedo?

AURORA.- Lo conozco muy poco.

ALFREDO.- Era un autor del dieciséis, diecisiete. Pues Quevedo tiene un soneto, que cada vez que se lo dicto

a los niños, se me *despiporran*. Una sátira que le dedicó a otro poeta que le caía bastante mal.

AURORA.- Cuéntemelo.

ALFREDO.- Se titula “A una nariz”：“Érase un hombre a una nariz pegado, érase una nariz superlativa, érase una nariz sayón y escriba,...”

AURORA.- Espere, espere. Usted no se lo dice así a los niños.

ALFREDO.- Bueno, les hago alguna tontería, ya sabe.

AURORA.- Por favor, muéstremelas.

ALFREDO.- Me avergüenzan un poco.

AURORA.- Esto es una taberna.

ALFREDO acepta y se dispone a repetir el poema desde el principio, tal y cómo se lo dicta a los niños.

ALFREDO.- “Érase un hombre a una nariz pegado, érase una nariz superlativa, érase una nariz sayón y escriba, érase un pez espada muy barbado. Era un reloj de sol mal encarado...”

MERCEDES.- Con la primera estrofa Aurora se dio cuenta de que conocía el poema, pero no quiso frenarlo. Más adelante, le confesaría a Alfredo que si no lo interrumpió aquel día no fue por educación, sino porque, por primera vez en mucho tiempo, estaba riendo de verdad.

ALFREDO.- (*Concluyendo el poema*) “...Que en la cara de Anás fuera delito”.

Los clientes del bar aplauden.

LUGAREÑO.- ¡Vaya un cómico!

OTRO LUGAREÑO.- ¡Qué letrado tiene el pueblo!

LUGAREÑO.- ¡Pero chata, no te rías y ponle un vino!

ALFREDO.- (*Muerto de timidez.*) Gracias Señores, (*A AURORA*)
Si no es para tanto...

OTRO LUGAREÑO.- Deje que le invite a un anís.

ALFREDO.- No, no se preocupe. Me halaga pero me sienta mal al estómago.

AURORA.- Suele ser lo contrario. ¿Vino mejor?, (*AL OTRO LUGAREÑO*) Y corre por mi cuenta.

LOS LUGAREÑOS comienzan a mascullar.

ALFREDO.- Ya me iba. Después de este espectáculo... ¿Querrá algún huevo?

AURORA.- Es usted un hallazgo. Se los compro, si nos viene a ver más a menudo.

ALFREDO.- Le advierto que esto es todo lo gracioso que soy.

AURORA.- Usted traiga sus lecciones. Que estos están por educar.

LOS LUGAREÑOS ríen.

2.

SERAFINA y ALFREDO mueven la gran mesa que convierte el comedor de su casa en la escuela. ALFREDO coloca la bancada, mientras SERAFINA limpia con un paño las pequeñas pizarras que utilizarán los alumnos después.

SERAFINA.- Debería ser delito trabajar tan temprano.

ALFREDO.- ¿Tampoco hoy has dormido?

SERAFINA.- No me han dejado. Entre Juanito que le están saliendo los dientes, y la niña con los miedos... A poco que haya un ruido de la calle, se despierta gritando que nos vayamos al refugio.

ALFREDO.- Pues, Serafina, ni me he enterado.

SERAFINA.- ¡Qué te vas a enterar, teniendo el cuarto al otro lado del patio! Que estoy por cambiártelo unas cuantas noches.

ALFREDO.- Por mí, bien. Lo que no sé es qué opinaría tu marido.

SERAFINA.- Te digo yo que ni lo nota. Últimamente llega a casa de la mina tan en automático que parece Frankenstein.

ALFREDO.- Hablaré hoy con mi sobrina, a ver si entre todos la calmamos.

SERAFINA.- Seguro, a ti siempre te hace más caso. (*Pausa*)

Oye, últimamente vas mucho a la taberna de la viuda, ¿no?

ALFREDO.- No mucho, algunas tardes.

SERAFINA.- Si no te vemos el pelo... ¿Qué te traes entre manos?

ALFREDO.- ¿Yo? Nada mujer, juegos de cartas.

SERAFINA.- Ándate con cuidado, que ahí más de uno ha perdido hasta lo que no tenía.

ALFREDO.- Si sólo voy a charlar un poco.

SERAFINA.- Eso dicen, que has hecho amistades.

ALFREDO.- ¿Quiénes?

SERAFINA.- Me creerás tan tonta como para descubrir mis confidentes.

ALFREDO.- ¿Y qué cuentan?

SERAFINA.- Que le haces “ojitos” a la Aurora.

ALFREDO.- ¡Qué desfachatez! A mis años haciéndole yo “ojitos” a nadie.

SERAFINA.- A tus años. ¡Treinta y seis que tienes!

ALFREDO.- Pues eso, que soy un chaval.

SERAFINA.- ¿Ella cuántos años tiene?

ALFREDO.- Alguno más.

SERAFINA.- ¿Cuántos?

ALFREDO.- Cuarenta, creo.

SERAFINA.- Qué razón tienes. Ojitos vosotros, dos momias del faraón. (*Ríe*) ¿Y qué tendrá que ver, hermano? Tú es que nunca te has fijado en nadie, enamorado como estás de los saberes de tus libros. Queda mucho mundo fuera de tus páginas, y sus acciones no se rigen por las normas de la lógica. O de la ilógica.

ALFREDO.- Eso me recuerda una conversación que tuve con Aurora el otro día. ¿Sabes que dicen que si miras a una olla, nunca hierve? Yo, faltaba más, le dije que no era posible. Por supuesto que hierve, cuando alcanza los 100 grados. Aunque es cierto que, en ocasiones, la percepción del observador puede alterar el resultado de un experimento, no es así en este caso. Al fuego no le importa que lo miren.

SERAFINA.- A eso quería llegar yo: Al fuego no le importa que lo miren.

ALFREDO.- Pero entiendo a quien el tiempo se le hace eterno mirando la olla con impaciencia, esperando que el fuego la despierte. (*Pausa*) El tiempo es muy curioso. Antes las tardes se me pasaban despacio. Ahora me cedan con un pestañeo.

SERAFINA.- Te vuela el tiempo junto a ella. ¡Qué bien juega esa mujer a las cartas!

3.

ALFREDO, sentado junto a la barra de la taberna, hablando con AURORA. Dos GUARDIAS CIVILES de uniforme juegan a las cartas en una esquina, a lo suyo.

AURORA.- ¿Cómo es su escuela?

ALFREDO.- No es nada espectacular. Enseño en mi casa que, bueno, no es sólo mía. Allí vivo con mis padres, mi hermana, su marido, sus dos hijos, y con la mujer de mi otro hermano, que está esperando a que vuelva.

AURORA.- ¿Cuántos alumnos tiene?

ALFREDO.- Cuarenta y cinco niños, de todas las edades. Y una niña, mi sobrina.

AURORA.- ¿Y caben todos?

ALFREDO.- Es una casa grande, aunque muy humilde. Si has pasado por la calle del Pozo, la habrás visto por fuera.

AURORA.- ¿Es una de las que sube al monte? La conozco más de oídas. Me pilló en la otra punta, y nada se me ha perdido allá.

ALFREDO.- Si no lo es ya, este pueblo está a un paso de ser una ciudad.

AURORA.- Totalmente, con las minas ha crecido mucho en estos años. Pero sígame contando sobre su escuela, me gusta escucharle.

ALFREDO.- Pues... (*Pausa*) ¿Te importa si te tuteo?

AURORA.- Iba a decírtelo yo.

ALFREDO.- Pues mi casa es... por fuera parece una más. Es baja, y tiene paredes de adobe y cielos rasos de cañizo. Pero por dentro... Mis padres comenzaron a construirla cuando llegamos aquí, y según la familia nos fue creciendo, fuimos edificando nuevas estancias. Ahora es cómo nosotros: una casa pobre, destartalada y sincera.

AURORA.- ¿Dónde das las clases?

ALFREDO.- En el comedor. Cada mañana mi hermana Serafina y yo retiramos nuestros trastos, y ponemos cuatro mesas con sus bancadas. A los mayores los pongo más cerca, para que escuchen bien la lección, y a los párvulos los tengo más lejos, haciendo palotes. Serafina me ayuda con ellos cuando no tiene encargos de costura.

AURORA.- Voy a pasarme un día. No tengo mano para la aguja y sí mucho por remendar.

ALFREDO.- Por un momento pensé que lo que querías era ver la escuela.

AURORA.- También, pero solo si estás tú para enseñármela.

ALFREDO.- Cuidado con lo que pides, que a más de uno bien canoso lo he sentado al fondo con su pizarra.

AURORA.- A dibujar palotes.

ALFREDO.- Exacto.

AURORA ríe. Mientras, los GUARDIAS CIVILES están terminando la partida.

AURORA.- Oye, y no eres de aquí entonces, ¿No? ¿Dónde naciste?

ALFREDO.- En Aledo. Es un pueblo de Murcia. Pueblo de los de verdad. 900 habitantes.

AURORA.- Qué maravilla, vivir junto al mar.

ALFREDO.- No, está en el interior.

AURORA.- Será también muy bonito.

ALFREDO.- Lo poco que recuerdo, sí. El castillo, la vista de la Sierra... Me vine siendo muy chico.

AURORA.- Mi marido, que en paz descansa, tampoco era del pueblo, pero me decía que hacía ya tanto que vivía aquí que no se acordaba de su acento.

ALFREDO.- ¿Hace mucho que murió?

AURORA.- Al año de comenzar la guerra, en el frente.

El GUARDIA CIVIL se levanta. El OTRO GUARDIA CIVIL recoge las cartas.

GUARDIA CIVIL.- (*A AURORA*) Su Julio era un hombre muy respetable.

OTRO GUARDIA CIVIL.- No hay partida que no lo eche de menos.

HISTORIAS QUE NO SUCEDEN

AURORA.- Les invito a un vino en su honor. ¿Qué les parece?

GUARDIA CIVIL.- Un vino, ahora...

OTRO GUARDIA CIVIL.- Tenemos guardia.

AURORA.- ¿Un anís?

GUARDIA CIVIL.- Tú sí que sabes, chata.

AURORA.- ¡Marchando dos anises! (*Mostrando la botella*) Este es el mejor que tengo, solo para los amigos de Julio.

AURORA sirve un vaso bien colmado a cada GUARDIA CIVIL.

OTRO GUARDIA CIVIL.- (*A ALFREDO*) ¿Y tú no bebes, para honrar al difunto?

ALFREDO.- Claro. Faltaba más. Ponme otro Aurora, por favor.

GUARDIA CIVIL.- (*Corrigiendo*) Póngame otro, Doña Aurora.

ALFREDO.- Póngame otro, Doña Aurora.

GUARDIA CIVIL.- ¡Habrase visto que tenga que corregir a un maestro!

EL OTRO GUADIA CIVIL ríe de verdad. AURORA, riendo entre dientes, sirve otro vaso de la misma botella de anís.

EL OTRO GUARDIA CIVIL.- (*Observando la botella*) Aurora no, que ese es para los amigos.

AURORA.- ¡Cierto! ¡Qué despiste tengo!

AURORA va a retirar el vaso. El GUARDIA CIVIL se lo impide.

GUARDIA CIVIL.- Déjalo mujer, no lo desperdiciemos.

El GUARDIA CIVIL coge el vaso y se lo bebe.

OTRO GUARDIA CIVIL.- Tú eres el hermano de Pedro, ¿verdad?

GUARDIA CIVIL.- Menuda pieza. ¿Cuántos años le han caído?

ALFREDO.- Cuatro de forzados.

OTRO GUARDIA CIVIL.- Pocos me parecen para un rojo.

AURORA.- (*Al GUARDIA CIVIL*) Temo que se me haya quedado usted sediento con una única copita. ¿Le hace otra?

GUARDIA CIVIL.- No te preocupes, bonita, si ya nos vamos.
(*Al OTRO GUARDIA CIVIL*)

OTRO GUARDIA CIVIL.- Nadie nos cuida como tú.

GUARDIA CIVIL.- (*A ALFREDO*) Yo que tú, continuaría educándome en la escuela, que no te veo yo muy hecho a la taberna. (*A AURORA*) Cualquier asunto, me informas. ¡Arriba España!

Todos levantan el brazo.

TODOS.- ¡Arriba!

Los GUARDIAS CIVILES salen. ALFREDO y AURORA bajan los brazos en silencio. ALFREDO se levanta del asiento.

HISTORIAS QUE NO SUCEDEN

AURORA.- ¿Ya te vas?

ALFREDO.- Se me hace tarde. Tengo dictados que preparar, lecturas... Ya sabe. (*Pausa*) Disculpe si he podido ofenderla.

AURORA.- ¿Por qué me iba a ofender?

ALFREDO.- Por no honrar debidamente a su marido.

AURORA.- No te mortifiques. No creo que a él le importe.

ALFREDO.- De cualquier manera he de irme. Cuídese, Doña Aurora.

AURORA.- Aurora, por favor.

ALFREDO.- Discúlpeme. (*Corrige*) Discúlpame. No doy una. Adiós.

4.

En la casa de ALFREDO, SERAFINA y él, hablan mientras ella hace la comida.

SERAFINA.- Y saliste *escopetao*'.

ALFREDO.- ¿Qué iba a hacer, dime?

SERAFINA.- Pues si la chica te gusta...

ALFREDO.- No es una chica. Es una señora.

SERAFINA.- Y te gusta.

ALFREDO.- No puedo yo pretender a una que... (*En susurro*)
Era esposa de un falangista. Mientras nuestro hermano
está en prisión picando piedra, ¿No lo entiendes?

SERAFINA.- Alfredo, es que yo no entiendo aún cómo no lo
sabías, este pueblo no es tan grande.

ALFREDO.- ¿Y yo por qué tengo que estar atento a eso?

SERAFINA.- Su taberna se llama "El Capitán". ¿Por qué te
crees que se llama "El Capitán"?

ALFREDO.- Lo pensaba de un barco.

SERAFINA.- ¿Tú cuántos navíos has visto en el pueblo? Si
esto es La Mancha.

ALFREDO.- Mira, da igual. No voy a volver.

El PADRE entra.

PADRE.- ¡Hostia! Está un poco pobre la olla.

HISTORIAS QUE NO SUCEDEN

SERAFINA.- ¿Qué quiere, padre? Si están los tiempos cómo están...

PADRE.- ¿No te pagaron con huevos?

ALFREDO.- Hubo que venderlos.

SERAFINA.- Se nos viene el invierno y no nos quedaba paño que remendar. Se lo comen las polillas. Tuvimos que comprar para hacer abrigos.

PADRE.- Hostia, pues estando así de flacos cuando los llevemos vamos a parecer espantapájaros. Nos van a tener que pagar los de los campos por hacerles el servicio.

SERAFINA.- Anda, anda, que peor estuvimos en la guerra, padre.

PADRE.- ¿En cuál de tantas?

SERAFINA.- Pues en la que hemos vivido.

PADRE.- En *Annual* tenías que haber estado. ¡Se comía mejor!

SERAFINA.- Es usted un exagerado. Lo que hay es lo que nos toca en la cartilla.

PADRE.- ¿Y no te puede fiar la de la taberna una *miajica* de tocino?

ALFREDO.- Mira que os gusta *bacinear* ¿Y por qué me iba a dar a mi nada esa señora?

PADRE.- Hostia hijo, que soy viejo, no tonto.

SERAFINA.- Déjelo padre, si ya no le gusta.

ALFREDO.- ¿Pero quién dice que a mí me haya gustado nunca esa mujer?

PADRE.- Menudo lechuguino estás hecho, para estar tan entrado en años. Pa' una que te guiña el ojo...

ALFREDO.- Por mí como si me baila los siete velos. Pero eso ella o cualquier otra. Si a mis años no me he arrimado a una moza es por algo. No me quiero casar ni arrejuntar. Estoy muy bien así.

SERAFINA.- Bueno estaba...

PADRE.-... ¡Y se murió!

SERAFINA y su PADRE ríen.

ALFREDO.- Con vosotros no se puede hablar.

5.

Recibidor de la casa de ALFREDO. Llaman a la puerta.

AURORA.- Buenos días, ¿Serafina, verdad?

SERAFINA.- Sí.

AURORA.- Mire yo soy Aurora, la del Capitán. Venía a pedirle precio por zurcirme unas camisas. Las tengo llenitas de agujeros de las ascuas al cocinar.

SERAFINA.- Claro, pase, pase. Sí le advierto que escuchará algo de ruido. Está mi hermano dando clase.

AURORA.- No se preocupe.

SERAFINA.- Déjeme verlas.

SERAFINA toma las prendas que le trae AURORA.

SERAFINA.- Todas oscuras... Así se verán menos los zurcidos.

AURORA.- Y menos a las viudas.

SERAFINA.- Por los zurcidos no se preocupe, van a quedar muy bien. Con respecto a lo segundo, si me trae algo de tela le hago la camisa que usted quiera. Incluso con volantes, y buenos botones.

AURORA no contesta, escuchando la voz de ALFREDO dando clase en la habitación contigua.

SERAFINA.- Está enseñando geografía. ¿Se sabe usted los ríos de España?

AURORA.- Sólo los de por aquí. Pero me gustaría.

SERAFINA.- Tal vez mi hermano pueda enseñarla.

AURORA.- Hace mucho que no lo veo. Ya no viene por la taberna.

SERAFINA.- Ya lo conoce, está en sus cosas. Serían dos pesetas y lo tendría para el viernes, ¿Qué le parece?

AURORA.- No le faltarán novias.

SERAFINA.- ¿A mi hermano? (*Ríe*)

AURORA.- ¿Por qué se ríe usted?

SERAFINA.- Alfredo vive en su mundo. Ni se imagina la de madrugadas que cruzo el patio al ver su luz encendida y me lo encuentro dormido, con el libro abierto sobre el pecho, así, como una imagen divina. Si tiene un amor, es el conocimiento.

AURORA.- Vaya.

SERAFINA.- No ponga esa cara, que el saber no es celoso.

AURORA.- ¿Qué cara?

SERAFINA.- Me había parecido que se ponía usted triste.

AURORA.- ¿Yo? No, mujer. (*Pausa*) Pero es que un hombre así como su hermano, que sabe tanto y es tan buena gente, que esté tan solo...

SERAFINA.- Es algo paradito. Necesita que lo empujen.

Pausa

HISTORIAS QUE NO SUCEDEN

AURORA.- Entonces me paso el viernes por la mañana.

SERAFINA.- Perfecto. (*Pausa*) ¿Querría usted asomarse y saludarlo?

AURORA.- No quiero distraerlo.

SERAFINA.- Vaya.

AURORA.- ¿Podría dejarle un recado?

SERAFINA.- Faltaría más.

AURORA.- Dígale que a la tarde tengo que ir a por agua y el muchacho no va a poder acompañarme. Tiene a la burra mala. Si él fuera tan amable de ayudarme a cargar con los cántaros...

SERAFINA.- Haré que vaya a arrimar el hombro, no se preocupe.

6.

ALFREDO, recogiendo las pizarras tras terminar la clase.

SERAFINA entra.

ALFREDO.- Buena clase te has perdido, Serafina. Pepe, el hijo del Pegafuegos, me ha dicho que de mayor quiere ser bombero. ¡Bombero!

SERAFINA.- Todo queda en casa. (*Pausa*) Ha venido Doña Aurora.

ALFREDO.- ¿Está afuera?

SERAFINA.- No, ha venido a media mañana, mientras dabas clase.

ALFREDO.- ¿Y qué quería?

SERAFINA.- Nada, que remendara unas camisas.

ALFREDO.- Ah. ¿Y sólo eso?

SERAFINA.- Sí.

ALFREDO.- Bien.

Pausa.

SERAFINA.- Y otra cosa.

ALFREDO.- ¿El qué?

SERAFINA.- Nada, que necesita ayuda para ir hoy a por agua. Se lo voy a decir a Padre.

ALFREDO.- ¿A Padre? ¿Con lo *cascao'* que está va a cargar él nada?

HISTORIAS QUE NO SUCEDEN

SERAFINA.- Se lo diré a mi Juan.

ALFREDO.- Pero él no llega hasta más tarde.

SERAFINA.- Iré yo pues.

ALFREDO.- ¿Y no sería mejor que fuera yo? Y así tú avanzas con tus costuras.

SERAFINA.- Lo había pensado, pero tú ya no quieres trato con ella, ¿verdad?

ALFREDO.- A ver, una cosa es que yo ya no la pretenda, y otra no ayudarla. La mujer siempre ha sido muy amable conmigo.

SERAFINA.- Espérala en la esquina del bar, a eso de las cuatro.

7.

Camino a la fuente. AURORA, vestida con colores oscuros, espera en la esquina con los cántaros vacíos. ALFREDO aparece.

AURORA.- ¡Alfredo! Me alegro de verte. Gracias por venir.

ALFREDO.- No se preocupe. Faltaría más, por ayudar a una viuda.

ALFREDO coge dos cántaros. AURORA coge otros dos. Echan a andar

AURORA.- Ya vuelves a hablarme de usted.

ALFREDO.- Es por guardar el decoro.

AURORA.- Somos amigos. Los amigos se tutean.

ALFREDO.- No creo que a sus otras amistades les hiciera mucha gracia.

AURORA.- ¿Te refieres a los del otro día? Sólo son clientes.

ALFREDO.- Pues no le pagan las copas.

AURORA.- Las cobro en tranquilidad.

ALFREDO.- Por quién era su marido, dudo que tenga que preocuparse.

AURORA mira a su alrededor y contesta en voz baja.

AURORA.- Gestiono un negocio sin un hombre que me firme. Aunque trabajo como una borrica, no tengo una

familia a mi cargo y muchos no me consideran un buen ejemplo. Si algo me pasara, nadie vendría a defenderme.

ALFREDO.- Yo lo haría. Como tantos otros. Aquí se la quiere.

AURORA.- Quieren que los sirva con una sonrisa. Eludir por un rato su miseria, nada más. Pero agradezco el detalle.

ALFREDO.- ¿No me cree?

AURORA.- Llevo dos semanas sin verte el pelo y antes venías cada tarde. Y hoy te me apareces hablando de usted y llamándome “Señora viuda”. Entiende que no sepa qué pensar.

ALFREDO.- No te he llamado Señora.

AURORA.- Estoy segura que sí.

Silencio. Ambos siguen caminando.

ALFREDO.- La situación fue.. Me asusté. Lo siento. Me encanta hablar contigo.

AURORA.- Y a mí.

ALFREDO.- Me queda tanto por saberte.

AURORA.- ¿Cómo qué?

ALFREDO.- Me dijiste que envidiabas que hubiera nacido junto al mar. Que no es cierto pero...

AURORA.- Sí, verás, yo nací en Aldea del Rey.

ALFREDO.- Estuve una vez, con mi padre. Está a una hora y media en bicicleta.

AURORA.- Pues ese es todo el mundo que he visto. Ni siquiera he visto el mar. Debe ser... No puedo imaginarlo, me desborda.

ALFREDO.- ¿Te gustaría vivir en otra parte?

AURORA.- A veces. Aunque este pueblo esté creciendo, aún no puedo salir a la calle sin que varios pares de ojos se fijen en lo que llevo puesto, a donde voy o quién me acompaña o deja de acompañar.

ALFREDO.- ¿Te irías a Madrid?

AURORA.- No. De visita, sí. Un poco de curiosidad sí tengo. Pero de ahí a vivir allí... Parece demasiado grande, ruidosa.

ALFREDO.- ¿No te gustan las ciudades?

AURORA.- No.

ALFREDO.- Me dirás entonces a dónde irías, si no quieres que te conozcan ni que te dejen de conocer.

AURORA.- Porque no se trata de eso. No es que no quiera que me conozcan. Quiero saberme libre, y también unida a los otros. Mira, la tarde cuando no abro el bar por descanso, mi vecina de la calle de abajo me invita a su casa. Jugamos a los chinos y al dominó y me comparte sus recetas. Dice que cuando llegue algo de azúcar, me hará rosquillas de anís. Yo le llevo un poco de queso, uvas,... Lo que tenga, y le alcanzo lo que necesita y no le permiten sus fuerzas. Disfrutamos de un rato agradable.

ALFREDO.- ¿Y crees que si algo te pasara esa mujer, no se preocuparía por ti?

AURORA.- Claro que se preocuparía, pero poco podría hacer. Mi vecina es tan mayor que ya no habita el presente. Todo son relatos de otro tiempo y dolores sin remedio. Le tiembla la boca recordando a sus hijos. Tuvo cinco y ninguno la va a sobrevivir.

ALFREDO.- Joder. (*Pausa*) Sufro por mi hermano y espero que vuelva vivo. Si lo supiera muerto... Pero un hijo. Cinco hijos... El temor que debió acompañarla cada día de su vida, sabiendo que unas fiebres, un accidente, una guerra, o un miserable podían arrancárselos... No podría vivir con ello.

AURORA.- Es inevitable. Querer a alguien da miedo, y también mucha alegría.

ALFREDO.- Yo ya te digo Aurora, no creo que pudiera. Después de todo lo que hemos visto. No sé, a veces pienso en si no merecemos irnos todos al carajo. Ponerle fin a esta humanidad. Llevo leídos tantos libros de Historia, horas remontándome años en el tiempo, y siempre se me queda cara de imbécil cuando observo que da igual cuántas guerras pasen y cuántos hijos mueran: siempre viene otra guerra, cruel como la anterior.

Silencio.

AURORA.- Pensándolo así lo tenemos todo en contra.

ALFREDO.- Nada cambia.

AURORA.- Pero habrá que intentarlo, ¿no? Tú y yo no somos nadie, pero lo que hacemos también importa.

ALFREDO.- Eres demasiado optimista.

AURORA.- Pues sí. Su esfuerzo me cuesta. Los que no me conocen, creen que si soy así es porque soy una ingenua y no sé nada del mundo. No es así. He sentido la crueldad, al igual que todos. Pero he elegido lo difícil, lo valiente, porque lo fácil sería morirme de miedo al otro. Tener siempre presente que los demás quieren arrebatarme lo que tengo, y elegirme, egoísta, en consecuencia. Pasar la vida apretando los dientes, defendiéndome de atacantes imaginarios. Justificar mis actos con la ley del más fuerte, creyendo que la fuerte soy yo y que nunca caeré desde lo alto. Es tan fácil creer que sólo viviremos seguros machacando bien al otro. Y consumirnos así, comidos de angustia.

ALFREDO.- Pero tú misma temes a los otros.

AURORA.- Yo me guardo del cobarde que talla el mundo con violencia. Creo en la amabilidad, la ayuda mutua, la comprensión entre los otros.

ALFREDO.- Y ojalá todos fueran como tú, pero sabemos que no es así. En el mundo hay muchos hijos de puta que se ríen de la amabilidad y la comprensión.

AURORA.- Lo sé. Pero no voy a dejar que también me quiten lo mejor de mí.

Pausa.

MERCEDES.- (*A público*) Y en aquel momento, Alfredo, mirando aquel rostro tozudo tan llenito de valor, supo de lo inevitable. Hasta ese momento, había tenido escapatoria. Solo era un alfeñique entregándole a una chica ramos de pamplinas. Pero después de esto, de conocer su auténtica belleza, no volvió a leer tranquilo. Lo que le dijo esa mujer le encendió un fuego en espejo: Cuanto más se le avivaba el pecho, mayor preocupación lo consumía. Por menores acciones que discutir en voz alta aquellos pensamientos, muchos hombres y mujeres acababan muertos o en prisión. Cómo la admiraba. Quedaron en verse unos días más tarde. Harían una excursión al Cerro de Santa Ana. La llegada de la primavera los invitaba a perderse en la tupida alfombra de amapolas que tornaba las colinas bermellón. Alfredo, que nunca había acompañado a una chica siendo adolescente, saldaba así su deuda con su antiguo yo. Tal era la dicha que experimentaba al verse subiendo al cerro junto a Aurora, que no sentía ni el dolor aquejando sus rótulas. Ella, por su parte, había decidido dejar el luto y ponerse un vestido sin estrenar.

ALFREDO se sorprende al verla vestida de blanco.

8.

Sentados entre el pasto seco, amarillo del cerro.

AURORA.- En mis ratos libres me tumbo entre las hierbas. Me gusta observarlas desde abajo y ver cómo el sol hace transparentes las hojas desde el dorso. Me hacen sentir en la selva, me hacen río mirándose el lecho. Me siento tan lejos. No existe la taberna, ni el agua del pozo, ni la guardia civil.

ALFREDO.- Cuando tu marido murió, ¿porqué no cambiaste de vida?

AURORA.- No tengo muchas opciones, o no me he atrevido a tenerlas.

ALFREDO.- ¿Lo querías mucho?

AURORA.- En cierta forma sí. Lo conocí siendo muy niña. Mis padres tenían un bar en Aldea del Rey. Me he pasado la vida entre tabernas, y no me gusta beber. Yo fregaba los platos mientras mi padre daba bola a los borrachos. Julio era mayor que yo, serio y callado. Buscaba mujer, y me vio trabajadora. No necesité mucha conversación para darme cuenta de que éramos muy distintos. Pero una tarde, mi madre bajó al bar con una bandeja de carne guisada, y un ojo morado. No era la primera vez. Aunque ella era un fantasma, los del pueblo se fijaron. Mi padre, en lugar de avergonzarse,

puso una mueca chistosa y comenzó a alardear: “Tuve que meterla en vereda, está muy mal educada. Si lo llego a saber antes... Ahora me toca hacer con ella lo que no le hizo su padre.” Aunque nadie le dijo nada, y hasta algún imbécil del pueblo le dio la razón, no encontró el clamor que esperaba. En busca de más apoyos, se dirigió a Julio. Le preguntó: “¿Cree usted que un burro viejo aún puede aprender a palos?” Y él, tras un trago largo, le contestó: “Sobre burros no sé mucho, pero sí sobre honradez. Creo que es un deshonor que un hombre pegue a su mujer”. Mi padre no lo entendió, o no lo quiso entender. Agarró a mi madre del brazo y le gritó frente a todos: ¿Ves a lo que me obligas?” Vivíamos como fantasmas mi madre y yo. Trabajábamos todo el día, entre ruido de tazas, platos y tertulias, y al llegar a casa el estruendo era peor. Cuando Julio y yo nos casamos, vine a vivir aquí. Pusimos la taberna, y poco más. Él y yo no compartíamos muchos intereses, pero por la noche, en casa, disfrutábamos del silencio.

ALFREDO.- ¿Qué fue de tus padres?

AURORA.- No sobrevivieron a la guerra. Lo siento mucho por mi madre, era una buena persona.

MERCEDES.- Alfredo me contó que quiso abrazarla, pero que temió que el gesto la desagradara. Los campos de Castilla no desprecian el amor, con los pétalos y briznas

acariciando tus pupilas, pero las personas... Cada época tiene sus modales. Él caminaba al lado de Aurora, y en el suelo, la sombra de su cuerpo se rozaba con la suya. ¡Ojalá ser silueta y no carne!

AURORA.- ¿Y qué haces, aparte de leer?

ALFREDO.- Voy al cine de vez en cuando.

AURORA.- Yo hace mucho tiempo que no voy. La última película que vi fue “Morena Clara”

ALFREDO.- Pero eso fue en el 36.

AURORA.- Pues desde entonces llevo sin ir.

ALFREDO.- ¿No te gusta?

AURORA.- Es que no está muy bien visto que vaya sola. Y la verdad, tampoco me motiva hacerlo. Me gusta tener con quién comentar la película después.

ALFREDO.- ¿Sabes que ahora dejan parte de las luces encendidas? Para impedir la “comisión de actos contrarios a la moral cristiana”.

AURORA.- Pobres chavales.

ALFREDO da un respingo.

ALFREDO.- ¿Qué era eso?

AURORA.- Un murciélago.

ALFREDO.- ¡Qué susto me ha dado! Por poco se me estampa.

HISTORIAS QUE NO SUCEDEN

AURORA *ríe.*

ALFREDO.- ¡No tiene gracia, he visto mi muerte!

AURORA.- ¿Por esa ratilla con alas?

ALFREDO.- Como no ha querido asesinarte a ti...

AURORA.- Deberíamos volver. Debe ser bien tarde si ya han salido de caza.

ALFREDO y AURORA *caminan.*

ALFREDO.- Perdona, no me había dado cuenta de la hora. Últimamente se me escapa el tiempo.

AURORA.- Por aquí es más corto.

MERCEDES.- El sol era una hendidura naranja, abierta entre el cielo y la tierra. Aurora se lo señalaba y él lo miraba unos segundos, lo suficiente como para que ella no percibiera lo que él miraba de verdad. Ni siquiera se dio cuenta de que ya había anochecido cuando terminaron el descenso.

ALFREDO.- Vamos hacia el cementerio.

AURORA.- ¿Te da miedo?

ALFREDO.- No. No soy supersticioso.

ALFREDO *camina mirando al suelo.*

AURORA.- Pareces muy convencido. (*Pausa. Observa el cielo*)
Hoy se ven muchas estrellas.

ALFREDO.- ¿Te gusta la astronomía?

AURORA.- Me interesa, pero no sé nada.

ALFREDO.- Yo tampoco sé. Sólo reconozco la Osa mayor.

AURORA.- Me sorprende que haya algo que no sepas.

ALFREDO.- Tendríamos que vivir muchas vidas para conocerlo todo.

AURORA.- Con durar muchos años me conformo.

ALFREDO.- Cuando miro las estrellas, me siento muy pequeño. Fantaseo con todo lo que pasará ahí arriba.

AURORA.- ¿Crees que habrá otros lugares, con otras gentes?

ALFREDO.- Eso espero. Que exista algo más allá. ¿Esta realidad no se te hace insuficiente?

AURORA.- Más que insuficiente, se me hace muy difícil. Como a todos. Pero aquí estoy, y sólo por eso, soy afortunada. Cuando miro al cielo, siento fuerte la miseria. Pienso en los muertos de la guerra. En sus cuerpos retorcidos, incómodos, arrojados sin un nombre, ni un ápice de amor. Quietos, con los ojos abiertos, observando las estrellas, besando las rocas, tragando a gritos la humedad fría de la tierra. Amantes, padres, amigos... Todos esos soñadores, fieles de lo imposible, tornándose fósiles bajo el baile de planetas. Mientras nosotros, los vivos, estamos mudos de miedo, festejamos las migajas que encontramos sobre el suelo, pues son lo poco que una hormiga puede hallar bajo un zapato.

HISTORIAS QUE NO SUCEDEN

ALFREDO.- Por favor, nunca vuelvas a decirlo.

AURORA.- ¿Te molesta?

ALFREDO.- Me aterra. No quiero que te pase nada. Las calles escuchan.

AURORA.- Cierto. Solo era un suspiro. Es que ya me duele el brazo de tenerlo siempre en alto.

9.

Esa misma noche, ya en pleno pueblo, ALFREDO acompaña a AURORA hasta su casa.

ALFREDO.- Tenemos un melocotonero bastante grande plantado en el patio, pero mi madre lo quiere quitar. Dice que se le saltan la tapia los vecinos, y se los roban. Mi padre se puso a vigilar, por si fuera el caso: Nadie salta, es que mi madre ya no está tan joven. Se le olvida que ya se los ha comido.

AURORA.- Nunca me has hablado de tu padre.

ALFREDO.- Es un tipo algo peculiar. Es más moreno que yo y tiene una barba larguísima, ya me gustaría a mi tenerla así. Es buena gente, pero le pueden los modales. En el pueblo le conocen como “El tío la hostia”.

AURORA.- ¿Es violento?

ALFREDO.- No, para nada. Es que se pasa el día “Hostia, ¿aún queda pan?” “Hostia, no me lo creo.” “Hostia, tápate un poco que hace fresco”.

AURORA.- Es entusiasta.

ALFREDO.- Cuando no lo dice, me acojono.

AURORA ríe.

ALFREDO.- Caray, qué oscuro está.

AURORA.- Cuidado con caerte. Hay varias farolas fundidas

y no las cambian. Como no hay dinero, ni nada. Qué te voy a contar.

ALFREDO.- Tiene su encanto.

AURORA.- Si no te rompes la crisma... Es ahí. Un poco más adelante. La puerta verde.

ALFREDO.- Estamos junto al bar. No me había dado cuenta.

AURORA.- Sí. Así no tengo que andar mucho cuando acabo tarde.

AURORA y ALFREDO, frente a la puerta de la casa de AURORA, iluminada por el brillo incandescente de las farolas.

ALFREDO.- Me alegro de haber pasado la tarde contigo.

AURORA.- Yo también.

Pausa.

ALFREDO.- ¿Te veo en la taberna?

AURORA.- Estupendo. (*Pausa*) Nos vemos mañana. Hasta luego.

ALFREDO.- Adiós.

AURORA y ALFREDO permanecen mirándose unos segundos.

ALFREDO.- Pues me voy.

AURORA.- Que tengas buena noche.

ALFREDO.- Gracias.

La luz de la farola que los ilumina se apaga.

AURORA.- Vaya, justo antes lo digo...

ALFREDO.- Sí es casualidad, sí. No se ve nada.

AURORA.- ¿A mí me ves?

ALFREDO.- Siempre.

AURORA y ALFREDO se besan, ocultos en la oscuridad.

10.

SERAFINA.- ¿Has escuchado lo de la fantasma?

ALFREDO.- ¿Qué fantasma?

PADRE.- ¡Hostia!

SERAFINA.- Los vecinos dicen que llevan meses viendo a una fantasma cerca del cementerio.

ALFREDO.- Sería cualquier cosa, Serafina. Un trapo enganchado en un árbol.

SERAFINA.- Que no, que no. Que es una fantasma. Y va enterita de blanco. ¿Tú no verías nada, no?

ALFREDO.- ¿Que voy a ver?

SERAFINA.- No sé, como vuelves tan tarde a casa...

ALFREDO.- Si yo fuera un fantasma, lo que menos haría sería acercarme a un cínico.

SERAFINA.- Hablando de acercamientos, ¿qué tal con la viuda?

ALFREDO.- Bien, ahí vamos.

PADRE.- Pero hostia, cuenta más, que nos tienes en ascuas.

SERAFINA.- ¿Hay intenciones de algo?

ALFREDO.- Yo diría que sí.

SERAFINA.- Pues si tú te has dado cuenta, es que debe notarse mucho.

Llaman a la puerta.

SERAFINA.- ¡Voy!

SERAFINA sale.

PADRE.- (A ALFREDO) ¡Así que el soltero se nos casa!

ALFREDO.- No creo, padre.

PADRE.- Si esa mujer te gusta, ni se te ocurra perderla. Que eres más tonto que *arrancao*'.

SERAFINA vuelve a entrar.

PADRE.- ¿Quién era?

SERAFINA.- (A ALFREDO, temblando) Son dos guardias civiles. Quieren que vayas.

PADRE.- ¿Hijo, qué ha pasado?

ALFREDO.- Yo no he hecho nada, padre.

11.

ALFREDO entra apresurado en el bar de AURORA.

ALFREDO.- ¡Aurora! ¿Tienes un momento?

AURORA.- ¿Qué ocurre?

AURORA sale de detrás del mostrador, y se acerca a ALFREDO.

ALFREDO.- Necesito hablar contigo.

AURORA.- Estás muy pálido.

ALFREDO.- Estoy muy jodido.

AURORA.- ¿Qué ha pasado?

ALFREDO.- Me obligan a cerrar la escuela.

AURORA.- ¿Cómo?

ALFREDO.- La han declarado ilegal. Lo han hecho con todas las escuelas particulares. ¿Qué voy a hacer ahora?

AURORA lo abraza. ALFREDO se separa y vigila alrededor.

ALFREDO.- No quiero que tengas problemas.

AURORA.- Estoy cansada de ocultarme, Alfredo.

ALFREDO.- Yo también. *(Pausa)* Dios, ¿de qué voy a vivir?

AURORA.- Trabaja conmigo en la taberna.

ALFREDO.- ¿Y no iban a murmurar?

AURORA.- Seguramente, si no estamos casados.

Pausa.

ALFREDO.- Quiero estar contigo, pero no quiero casarme.

AURORA.- ¿Qué más da, Alfredo?

ALFREDO.- ¿Tenemos que hablar de esto ahora?

AURORA.- Llevamos dos meses besándonos frente a las tapias del cementerio. Y ahora tú necesitas un trabajo, y yo necesito algo más.

ALFREDO.- ¿Y eso es lo que quieres?

AURORA.- ¿Estar contigo? Sí.

ALFREDO.- Tú ya estás conmigo. (*Pausa*) Me refiero a lo del bar.

AURORA.- Es un oficio honrado.

ALFREDO.- Pero podemos elegir otra cosa.

Pausa.

AURORA.- Quieres que nos vayamos.

ALFREDO.- El tren a Alicante pasa cada jueves por la tarde, ¿Y si nos subimos?

AURORA.- ¿Estás loco? Tendría que vender la taberna.

ALFREDO.- ¡Sí!

AURORA.- ¿Y tu familia?

ALFREDO.- Pueden vivir sin mí. Ahora sólo soy una boca más.

AURORA.- ¿Pero qué hacemos tú y yo en Alicante?

HISTORIAS QUE NO SUCEDEN

ALFREDO.- Empezar de nuevo, donde no nos conozcan.
Podríamos vivir en algún pueblo pequeño, en una casa
con agua corriente. Yo buscaré trabajo como maestro,
y tú, tú estarás a mi lado.

AURORA.- ¿Y todo esto lo has pensado ahora?

ALFREDO.- No. (*Pausa*) ¿Lo hacemos?

AURORA.- ¿Quién le dice que no a una casa en la playa?

12.

En el bar de AURORA, algarabía de clientela. LOS LUGAREÑOS alzan las copas, celebrando la despedida.

AURORA.- ¡Una ronda para todos! Y apurad bien vuestras copas, que tengo que dejar el local bien limpio. Mañana será una mercería.

LUGAREÑO.- ¡Ay tú!

GUARDIA CIVIL.- Te voy a extrañar mucho, Aurora. Eres una alegría, incluso en estos momentos. Tener que marcharte a Alicante, dejando el lugar donde está tu marido enterrado, para cuidar de tu tía enferma...

AURORA.- No me lo recuerde, que llevo una tristeza por dentro... Pero la familia, ya sabe, es lo primero.

GUARDIA CIVIL.- Por supuesto, bonita. Sé que Julio estaría muy orgulloso de ti.

LUGAREÑO.- ¿Volverás a visitarnos?

AURORA.- En cuanto pueda.

ALFREDO entra.

GUARDIA CIVIL.- Hombre, maestro. ¿Vienes a despedirla? Si te viera mi compañero... (A AURORA) Estaba obsesionado con que éste te tiraba los trastos.

ALFREDO busca qué decir, pero AURORA se le adelanta.

AURORA.- (*Riendo exageradamente*) ¡Qué *salao*! ¿Y qué hace que no viene?

GUARDIA CIVIL.- Tiene dolor de muelas. (*A ALFREDO*) ¿Y qué vas a hacer ahora, que ya no tienes tu escolita?

ALFREDO.- Voy a irme del pueblo.

GUARDIA CIVIL.- ¿A dónde?

ALFREDO.- Aún no lo he decidido.

GUARDIA CIVIL.- Qué lástima. Serías un buen minero: cuando tu hermano salga puede enseñarte a picar piedra. (*Riendo*) ¡Si es que sale!

AURORA.- Oiga, ¿por qué no se queda usted la botella de anís de mi Julio?

AURORA le da la botella.

GUARDIA CIVIL.- Qué maja eres, muchacha.

AURORA.- Para que se acuerde de nosotros. (*AURORA saca una copa de aguardiente*) Y no se preocupe por las copas, van de parte de Alfredo.

ALFREDO.- ¿Sí?

AURORA.- Sí.

GUARDIA CIVIL.- ¿Y a qué me quieres tú dar nada?

ALFREDO.- ¿Como... despedida?

AURORA.- ¡No sea tímido! (*Al GUARDIA CIVIL*) Ya sabe cómo son los estudiosos. Leer lo hacen muy rápido,

pero hablar... Alfredo es un devoto de Don Primo de Rivera. Lleva tiempo diciéndome que quería convidarle a usted, de un falangista a otro. Pero ya ve, la admiración le frena a la hora de abrir la boca.

GUARDIA CIVIL.- (*Tomando la copa*) Gracias, maestro. Fíjate que, viniendo de donde vienes, nunca te hubiera tenido como uno de los nuestros. Cuántas familias hay con ovejas negras. ¡O rojas! Da igual lo que uno trate de hacerlos entrar en razón, ¿verdad? Siempre se resisten. Pero no te preocupes, que está donde debe. Para eso está la cárcel, para que paguen y escarmienten si aún tienen remedio. En fin, Aurora, me despido. Que tengas un buen viaje.

AURORA.- Gracias.

GUARDIA CIVIL.- ¡Arriba España!

TODOS.- ¡Arriba!

*El GUARDIA CIVIL sale. ALFREDO mira a su alrededor:
LOS LUGAREÑOS juegan a las cartas y charlan en voz alta.*

ALFREDO.- (*A AURORA, en voz baja*) ¿Me puedes explicar qué ha sido eso?

AURORA.- He comprado tranquilidad.

ALFREDO.- ¿Y para qué la quiero, si me marchó?

AURORA.- Tú sí, pero tu familia no.

ALFREDO.- Yo no lo hubiera hecho.

HISTORIAS QUE NO SUCEDEN

AURORA.- Por eso lo he hecho yo.

LUGAREÑO.- Eh, bonita, ponme un vasito de anís.

AURORA sirve la copa. El LUGAREÑO bebe.

ALFREDO.- No me gusta.

AURORA.- A mí tampoco.

LUGAREÑO.- Pues está de vicio.

El LUGAREÑO, borracho, se “desploma” en una silla.

AURORA.- ¿Ya no quieres irte?

ALFREDO.- Sí, sí que quiero. Pero no lo hagamos nunca más.

13.

En el andén de la estación, PADRE y SERAFINA despiden a ALFREDO y a AURORA.

PADRE.- Escribidnos mucho.

ALFREDO.- Lo haré.

PADRE.- Te has echado una buena moza.

AURORA ríe.

ALFREDO.- Lo sé.

SERAFINA.- Te voy a echar de menos, hermano.

ALFREDO.- Fueron buenos años.

SERAFINA.- Los últimos no mucho.

ALFREDO.- No, los últimos no. Pero hubieran sido peores de no estar contigo.

SERAFINA.- Anda no me hagas llorar, que ya bastante sopenco me voy a pillar en casa cuando la vea sin tus libros y me entere que no estás.

PADRE.- ¿Cuánto tardáis?

AURORA.- Echaremos el día en el viaje.

PADRE.- Hostia, pues no ha mejorado mucho el tren desde que nos vinimos tu madre y yo de Murcia.

ALFREDO.- Ya sabes que aquí todo va muy despacio.

HISTORIAS QUE NO SUCEDEN

SERAFINA.- ¿Lo lleváis todo?

ALFREDO.- Lo que no importa sí.

SERAFINA.- (*Casi llorando*) Y me harás llorar. Mira que eres bandido.

SERAFINA lo abraza.

SERAFINA.- (*Separándose de ALFREDO*) Anda y súbete ya, no lo vayas a perder.

14.

MERCEDES.- Dentro del vagón, Alfredo vio cómo su padre y su hermana se alejaban sin moverse. Se preguntó si volvería a ver a su padre, tan mayor como estaba, y lamentó no haberlo abrazado más. También sintió no haberle dejado más libros a su sobrina, que pronto empezaría a leer de corrido, ni más dinero a su hermana, que seguiría llenando la olla de agua y nabos, en su intento de emular la saciedad. Mientras la tierra donde creció se hacía grano de arena en la distancia, y Aurora dormía sobre su hombro, Alfredo no pudo evitar sentirse culpable por anteponer sus deseos a estar junto a los suyos. Experimentaba así el mismo sentimiento que sus padres tuvieran años atrás, y también los padres de sus padres, y los padres de estos, y todo aquel que tuvo marcharse por encontrar algo mejor.

15.

Junio. AURORA entra por primera vez en el salón de su nueva casa.

AURORA.- Es preciosa, y tan nuestra.

ALFREDO.- Tiene una luz muy bonita.

AURORA.- Y esta chimenea. Nos veo en el invierno, acurrucados junto a ella.

Pausa.

ALFREDO.- ¿Lo oyes?

AURORA cierra los ojos, atendiendo al rumor de las olas.

AURORA.- Ni silencio, ni ruido. Estoy aquí.

ALFREDO.- Pondré una butaca para leer. En este sitio. ¿Qué te parece?

AURORA.- Yo la pondría más hacia acá. Así no está tan cerca del cuarto del niño.

ALFREDO.- ¿Qué niño?

AURORA.- Dale tiempo. ¡Ah! Tengo algo para ti.

AURORA saca una fotografía de su bolso y se la da a ALFREDO.

AURORA.- Me la hice el mismo día que vendí la taberna. Quería un recuerdo del momento: Mi último día vistiendo de negro.

ALFREDO.- Sales muy guapa.

AURORA.- No sé, siempre me veo un poco rara. No valgo para modelo.

ALFREDO.- Eres preciosa.

AURORA.- Primer día de verano. ¿Me pongo el traje de baño?

ALFREDO.- Tenemos el mar en nuestro patio.

16.

Misma casa, varios meses más tarde, a finales de septiembre.

AURORA.- Se está acabando el verano. Ya no escucho a las cigarras. Antes cantaban tan alto que parecía que chillaban. No quiero que se acabe.

ALFREDO.- Son insoportables.

AURORA.- (*Ríe*) Es demasiado corto. Apenas te estás acostumbrando y ya es septiembre. El sol se pone cada vez más pronto, y la luna, impaciente, sale antes de que acabe el día.

ALFREDO.- ¿También eso te da pena?

AURORA.- Siempre. Por eso me acuesto tan tarde. Me entristece que el día se esfume sin haber sacado lo que quería de él. Este momento, estas horas, no van a volver jamás.

ALFREDO.- Pero tenemos mucho tiempo por delante.

AURORA.- Supongo.

ALFREDO.- ¿Supongo? Anda, anda. Lo menos cien años.

AURORA.- Más tú, que eres más joven.

ALFREDO.- Pero llevo peor vida. Maestro, pobre y cegato.

AURORA.- Anoche, mientras dormías, me entretuve contando los lunares de tu espalda.

ALFREDO.- ¿No prefieres que te preste una novela?

AURORA sonríe.

AURORA.- Es que vi tu piel tan bonita, plateada por la noche.

ALFREDO.- ¿Y cuántos tengo?

AURORA.- Cuarenta y dos.

ALFREDO.- Eres muy sentimental.

AURORA.- Tengo mi carácter.

ALFREDO.- Yo también te he contado cosas del cuerpo.

AURORA.- ¿Qué cosas?

ALFREDO.- Mejor no te lo digo. No es muy romántico.

AURORA.- Eres un golfo.

Juegan, y se persiguen por la casa, riendo. Desaparecen del público.

17.

Noviembre. ALFREDO reaparece. Camina por la casa, con una manta sobre los hombros.

ALFREDO.- Hay que ver, para ser Alicante, el frío que hace en esta casa. Voy a prender la chimenea. ¿Queda leña?

AURORA reaparece, vestida de invierno. Se sienta en la butaca.

ALFREDO.- ¿Qué, hay o no hay?

AURORA.- Yo qué sé, Alfredo.

ALFREDO.- Miraré en el porche. ¿Estás bien?

AURORA.- Me ha bajado la regla.

Pausa.

ALFREDO.- Bueno, no pasa nada. Descansa y tómatelo con tranquilidad.

AURORA.- Siempre me dices lo mismo.

ALFREDO.- ¿Qué quieres que diga?

AURORA.- Quiero que te enfades.

Silencio.

AURORA.- ¿No dices nada?

ALFREDO.- No.

AURORA.- Vale.

Silencio.

ALFREDO.- Voy al porche.

AURORA.- ¡Tengo cuarenta y un años, Alfredo! No sé cuánto más podré tener hijos y a ti todo te da igual.

ALFREDO.- No me da igual. Pero no siento lo mismo que tú, Aurora. Nunca he querido ser padre. No quiero vivir con miedo.

AURORA.- Eres un cobarde.

ALFREDO.- Tú has vivido la misma guerra que yo, hemos visto a gente morir de diez maneras distintas. Y ahora nos gobierna un tirano que cree ser caudillo de un dios. En cualquier momento habrá otra guerra, y no quiero pasarla con un niño en los brazos como mi hermana.

AURORA.- ¿Y si nada de eso ocurre?

ALFREDO.- Mi sobrina aún se despierta gritando que le caen bombas.

AURORA.- ¿Y cuándo no han caído bombas, Alfredo? ¿Cuándo? Tú que tanto sabes, ¿cuándo no nos hemos matado a lo largo de la historia?

ALFREDO.- Tú ya sabías lo que pensaba cuando nos conocimos.

AURORA.- Y tú también sabías lo que pensaba yo.

ALFREDO.- Te quiero muchísimo, y por eso he querido complacerte. Pero no puedo evitar sentirme aliviado porque no estés embarazada.

AURORA.- ¿Cómo puedes ser tan insensible?

ALFREDO.- Tal vez deberíamos tomarnos esto como una señal.

AURORA.- ¿De que no deberíamos tener hijos juntos?

ALFREDO.- De que no deberíamos tenerlos.

AURORA.- ¿Y qué va a ser de nuestra vida? ¿Va a ser todo lo mismo de aquí a la tumba? Una repetición constante de lo mismo cada día.

ALFREDO.- No, nos pasarán cosas. Ojalá pudieran no pasar. Pero será todo más sencillo, apacible.

AURORA.- Y te entiendo, pero Alfredo, es que yo quiero complicarme la vida.

ALFREDO.- ¿Tú no querías el silencio?

AURORA.- Sí, cuando sólo había golpes. Ahora vivo con el hombre que amo, en el lugar más maravilloso y...

ALFREDO.- ¿Por qué empeorarlo?

AURORA.- ¿Empeorarlo?

ALFREDO.- Quieres llenarlo todo de miedo.

AURORA.- De vida.

ALFREDO.- Te he dado todo lo que podía. Incluso me he ignorado, pero... No voy a hacerlo más.

AURORA.- Entonces...

Pausa.

ALFREDO.- Te quiero muchísimo.

AURORA.- Y yo. Tanto que quería tener mis hijos contigo.

Pausa.

ALFREDO.- Voy afuera. Me estoy ahogando.

ALFREDO sale. AURORA ve la puerta cerrarse. Se sienta en la butaca, y se desmorona.

18.

ALFREDO está sentado en un banco de piedra. A su lado, está sentado un VECINO del pueblo, que mira al horizonte, contestando sin articular palabras.

ALFREDO.- Usted ha vivido la guerra, ¿verdad?

VECINO.- ...

ALFREDO.- Pues a ella no le entra en la cabeza. ¿Por qué no podemos seguir como estamos?

VECINO.-...

ALFREDO.- Yo la quiero mucho, pero no puedo gestionarlo. Que otro alguien dependa completamente de mí. Y a mí los niños me gustan, he dado clase a muchos. Pero luego se iban a sus casas, y yo me metía en mi dormitorio y me quedaba leyendo toda la tarde. A veces echo de menos eso, estar solo, tranquilo. Usted me entiende.

VECINO.- ...

ALFREDO.- Yo nunca quise casarme, ¿sabe? No quería tener de qué preocuparme, no tengo esa necesidad. O no la tenía, porque entonces apareció mi señora y aquí estoy, en un pueblo de Alicante, llorándole a usted mis miserias, cuando podría estar en mi casa, jugando al tute con mi padre.

VECINO.- ...

ALFREDO.- Pero es que ella es tan encantadora... A donde va, se queda con todo el mundo. Y yo, ¿qué hice? Pues enamorarme como un gilipollas. Perdón.

VECINO.-...

ALFREDO.- Cuando me correspondió, yo... Y le he dado el último beso. No puedo creerlo. Sabes que es cuestión de tiempo, todo lo que es primero implica un último. Pero no hoy, yo lo esperaba dentro de... nunca, ¿sabe?

Silencio

VECINO.- Parece que va a llover.

ALFREDO.- ¿Qué dice?

VECINO.- Se está poniendo oscuro.

El VECINO mira al cielo.

VECINO.- Ah, no son nubes. Es ceniza.

ALFREDO.- ¿Qué haría usted?

VECINO.- Apagar el fuego. Pero no siempre es posible o es lo correcto.

El VECINO sale.

19.

AURORA aparece, vestida de blanco, poco abrigada para la estación.

ALFREDO.- ¡Aurora!, ¿Qué haces? Te vas a helar. Déjame que...

AURORA.- Alfredo, esto no pasó, pero vas a creer que sí.

ALFREDO.- No puedo aceptar que nos hayamos dado el último beso. Somos los que se buscaron bajo las luces fundidas, ¿recuerdas?

AURORA.- Alfredo, no estoy aquí, pero vas a imaginar que sí.

ALFREDO.- Deberíamos durarnos mil años.

AURORA.- Cuando regreses a casa y sepas que me he ido. Cuando veas las llamas, y a los hombres arrojando capazos de agua. Cuando te des cuenta de que la ceniza que enturbiaba el blanco de las nubes estaba compuesta de mí, imaginarás todo esto. Y lo harás tantas veces, ideando en cada ocasión una nueva despedida mejor que la anterior... Que igual te será insuficiente.

ALFREDO.- Nos dimos el último beso. Nosotros, los vivos que se encontraban junto al cementerio. ¿Cómo puedo aceptar que, en este basto infinito que es la vida que me resta, no te volveré a ver?

LAURA J. GARCÍA

AURORA.- Podrás, como pudieron todos antes de ti, y como
podrán todos los que vengan.

AURORA desaparece.

II.

1.

ALFREDO, sentado frente a la costa, escribe en el dorso de la fotografía que le regaló AURORA.

MERCEDES.- Alfredo veía en el mar el brillo azul de las olas del fuego, despellejando la corteza de lo amado. Convirtiendo en gas ceniza todo lo que una vez fue carne y hebra de sus sueños. Las ondas de roja amapola de sus memorias, caminando junto a Aurora por el cerro, se trenzaban con el recuerdo del incendio, y el azote del cordón resultante le tramaba grietas invisibles por el cuerpo. Tomaba en sus manos la fotografía de Aurora, y sentía chillar cada célula de sí, removido por lo injusto de saber que ella estaba aprisionada en una caja, en la oscuridad más absoluta, a metros y metros por debajo de la vida. Ella ya no le existía, y por más años que él viviera, no volvería a existir. "Nunca" es un adverbio, una palabra inabarcable, un océano sin aliento.

2.

EDUARDO abre la puerta. ALFREDO entra en la casa, junto a CATALINA.

CATALINA.- Hola, Eduardo. ¿Cómo está tu madre hoy?

EDUARDO.- Parece un poco más despierta, pero no la remuevas mucho.

CATALINA.- *(A ALFREDO)* Deje que pase yo primero.

CATALINA llama a la puerta y entra en la habitación de MERCEDES. ALFREDO se queda junto al niño.

ALFREDO.- Me llamo Alfredo.

EDUARDO.- Yo lo conozco a usted. Es el loco que nadó con la ropa puesta. Claro, si lo hace usted en febrero, tendrá que abrigarse. ¿No es usted del pueblo, no?

ALFREDO.- Llegué hace unos meses.

EDUARDO.- ¿Y qué quiere usted de mi madre? No será enseñarla a nadar.

ALFREDO.- ¿Y tus hermanos?

EDUARDO.- El baboso está durmiendo, y el canijo anda trasteando por el patio. ¿Viene a quedarse con alguno?

ALFREDO.- ¿Los venderías?

EDUARDO.- No. No creo que me dieran nada. Yo los dejo gratis.

ALFREDO.- No te caen muy bien.

EDUARDO.- No es eso, los quiero mucho, son mis hermanos, pero estoy muy cansado. Mi madre apenas anda, y mi padre está muerto. Tengo que cuidar de todos.

ALFREDO.- ¿Cuántos años tienes?

EDUARDO.- Diez.

ALFREDO.- ¿Y tus hermanos?

EDUARDO.- El canijo siete, y el baboso uno y algo.

ALFREDO.- ¿Sabes leer?

EDUARDO.- Eso es para los ricos.

3.

Habitación de MERCEDES.

CATALINA.- Mercedes, hay un hombre que quiere verte.

MERCEDES, tumbada en la cama, se cubre los hombros con una manta.

MERCEDES.- ¿Y qué quiere?

CATALINA.- Ayudarte.

MERCEDES.- ¿Ayudarme? ¿Lo conozco?

CATALINA.- Creo que no.

MERCEDES.- ¿Y de qué me conoce a mí?

CATALINA.- Los del pueblo, que *charran* mucho.

MERCEDES.- ¿Y a qué le tienen que hablar de mí a nadie?

MERCEDES tose, y se envuelve más en la manta.

CATALINA.- Tranquila, Mercedes, que esto es bueno.

MERCEDES.- Catalina, nadie da duros a pesetas.

CATALINA.- Tú escúchalo, mujer.

MERCEDES.- Si no puedo ni salir de este cuarto.

CATALINA.- Por eso no te preocupes, ha venido él.

MERCEDES.- ¿Lo has traído a mi casa?

MERCEDES vuelve a toser.

CATALINA.- Él sabe que estás mal, ya pasa él.

MERCEDES.- ¿Un desconocido, en mi dormitorio?

4.

En la casa, EDUARDO y ALFREDO.

EDUARDO.-Y entonces, el *pilota* va y me dice que no puedo tocar su balón, que se lo ha *pagao'* su padre, y que si quiero uno, que me lo compre mi padre, si es que sé quién es. Y yo le dije: Pues claro que sé quién es y dónde está, en el cementerio, que ojalá él tuviera la misma suerte, porque las orejas que tiene son *clavás* a las del bollero.

CATALINA sale de la habitación.

CATALINA.- (*A ALFREDO*) Ya puede usted entrar.

ALFREDO.- Gracias. (*A EDUARDO*) Voy a hablar con tu madre. Luego me sigues contando.

EDUARDO.- No, si se acaba mu pronto: Nos *espolsamos*.

ALFREDO.- ¿Qué es eso?

CATALINA.- Que se pegaron

EDUARDO.- Pero ya se nos ha pasado.

ALFREDO.- Me alegre.

EDUARDO.- Pues parece usted tan triste...

CATALINA.- ¡Ven pa' aca, *manifasero!*

5.

ALFREDO entra en el cuarto de MERCEDES. MERCEDES está sentada, muy digna, en el borde de la cama.

ALFREDO.- Buenas tardes. Siento presentarme aquí, de esta manera. Me llamo Alfredo.

MERCEDES.- Yo soy Mercedes.

ALFREDO.- Mucho gusto.

MERCEDES.- Usted no es de aquí.

ALFREDO.- Nací en un pueblo de Murcia, pero se puede decir que soy manchego.

MERCEDES.- ¿Qué le ha traído a Alicante?

ALFREDO.- Vine con mi mujer, quería vivir junto al mar.

MERCEDES.- Me ha dicho Catalina que es usted maestro.

ALFREDO.- Lo era. En mi pueblo.

MERCEDES.- Si busca nuevos alumnos, ya ve que no tengo dinero. Vivimos de la caridad.

ALFREDO.- Lo sé. Vi a dos de sus niños mendigando a los pescadores.

MERCEDES.- ¿Se lo piden? Pensaba que eran generosos. Mi marido fue pescador. Murió faenando hace dos años. Qué rápido olvidan las gentes.

HISTORIAS QUE NO SUCEDEN

ALFREDO.- Le acompaño en el sentimiento. Yo también perdí a mi esposa.

Pausa.

MERCEDES.- ¿Qué quiere de mí?

ALFREDO.- Quiero casarme con usted.

MERCEDES comienza a toser, atragantadamente.

MERCEDES.- ¡Catalina, ven!

CATALINA entra por la puerta.

CATALINA.- ¿Qué ocurre?

MERCEDES.- Llévate de aquí a este hombre, por favor.

CATALINA.- ¿Qué le ha hecho?

ALFREDO.- Le he pedido matrimonio.

CATALINA.- ¡*Mare Meua!* (*A MERCEDES, tirando del brazo de ALFREDO hasta la puerta*) *Xiqueta*, lo siento, que me pensaba que iba a hacerte un donativo.

ALFREDO.- Lo que yo le propongo es mejor.

MERCEDES.- Claro, estoy enferma y desesperada, ¿Cómo no voy a venderme?

ALFREDO.- Si eso es lo que le preocupa, le garantizo que no tengo ningún interés carnal en usted.

MERCEDES.- ¿Pero a cuenta de qué querría casarse conmigo?
¡No me conoce de nada!

ALFREDO.- No se trata de usted. Bueno, en cierta forma sí,

pero no cómo usted cree. Yo tengo una culpa por la que he de pagar. Mi mujer murió y yo no estuve ahí para evitarlo. Quiero hacer con lo que me resta de vida algo que beneficie a los otros.

MERCEDES.- Usted no está bien.

ALFREDO.- Mercedes, los del pueblo me han dicho que se está usted muriendo. ¿Qué será de sus hijos cuándo usted falte?

Silencio.

ALFREDO.- Irán a un hospicio, y allí los separarán. Con suerte adoptarán al más pequeño, pero los otros... No merecen esa vida que les espera. Mi esposa y yo no tuvimos hijos. Sus padres están muertos y yo dejé atrás a mis padres y hermanos. Éramos nuestra única familia. Cuando yo muera, nadie heredará lo que juntamos. Yo podría ocuparme de ellos, procurar que estén a salvo, bien alimentados, abrigados del frío. Enseñarles a leer y a escribir.

MERCEDES.- ¿Por qué iba a fiarme de usted?

ALFREDO.- ¿No le son igual de desconocidos los que los cuidarán en el hospicio?

MERCEDES.- ¿Y por qué nosotros? ¿A cuenta de qué quiere cuidar usted, precisamente, de mis hijos? ¿Por qué no le da sus ahorros a la Iglesia?

ALFREDO.- Porque usted sabe igual que yo lo que es sentir

HISTORIAS QUE NO SUCEDEN

en la palma la impronta de otra mano y no poderla estrechar.

Silencio.

MERCEDES.- No compartiremos cama.

CATALINA.- ¿Vas a aceptar?

ALFREDO.- (*A MERCEDES*) No es mi deseo.

MERCEDES.- Pero vivirá con nosotros. Soy creyente, no quiero un chisme a mis espaldas.

ALFREDO.- Como desee.

MERCEDES.- La boda tendrá que ser cuanto antes. Estoy bastante mal, no creo que llegue al verano.

ALFREDO.- ¿Se lo ha dicho el médico?

CATALINA.- ¡Uy médico! Como si pudiera pagar de eso.

MERCEDES.- Es tirar el dinero. Me voy a morir igual.

ALFREDO.- Iré a hablar con el párroco, le explicaré la urgencia.

MERCEDES.- Bien.

ALFREDO.- ¿Puedo estrechar su mano?

MERCEDES.- Es usted mi prometido.

ALFREDO estrecha la mano de MERCEDES y sale.

CATALINA.- ¿Y ya está? ¿Te casas con él, así?

MERCEDES.- No te preocupes. En cuanto llegue a su casa y se lo piense cambiará de opinión. Estas historias, Catalina, no suceden nunca. No a nosotras.

6.

MERCEDES.- (*A Público*) Pensaba que nunca volvería a saber nada de aquel hombre, pero vaya si supe. Nos casamos tres semanas más tarde. Me encontraba tan mal que nadie sabía si llegaría a la boda. Aquel día me vestí de negro, porque el blanco ya no me correspondía. Tuve una sensación de irrealidad todo el tiempo, porque le daba la bienvenida a aquel hombre llevando la misma ropa con la que en el pasado lloraba la ausencia de mi marido. Al acabar la ceremonia, hicimos una pequeña comida, y al terminar, Alfredo se instaló en casa.

7.

ALFREDO entra en la habitación de MERCEDES con ella en brazos, y la acuesta sobre su cama. Mientras hablan, MERCEDES se desviste para quedarse en combinación, y se cubre con las sábanas. ALFREDO se da la vuelta para no mirarla, y no se vuelve hasta que está tapada.

MERCEDES.- ¿Podrías acercarme una manta?

ALFREDO.- Claro. ¿Cómo te encuentras?

MERCEDES.- No estoy para muchos tutes, pero me noto mejor cuerpo. ¿Qué te ha parecido la boda? Hacía mucho que no me comía yo un buen arroz.

ALFREDO.- Estaba exquisito. Se nota que sois valencianos.

MERCEDES.- Quería decirte... En los papeles aparecías como soltero. No he dicho nada, pero pensaba que eras viudo.

ALFREDO.- Aurora y yo no llegamos a formalizarlo, pero a todos los efectos estábamos casados.

MERCEDES.- Podrías haberme avisado. Se me ha quedado cara de tonta frente al cura.

ALFREDO.- Lo siento, no creí que tuviera importancia.

MERCEDES.- Las cosas hay que hablarlas.

ALFREDO.- Está bien.

MERCEDES.- No quiero secretos, ¿de acuerdo? Aunque esto sea un matrimonio arreglado.

Pausa.

MERCEDES.- ¿Ya te has instalado del todo?. ¿Estás cómodo en tu cuarto?

ALFREDO.- Sí, no te preocupes.

MERCEDES.- Si necesitas cualquier cosa, bueno... Te puedo decir donde encontrarlas.

ALFREDO.- Gracias.

MERCEDES.- Así que esta es tu primera boda.

ALFREDO.- Mi única boda.

MERCEDES.- Sí, claro. (*Pausa*) Ha sido un poco raro, ¿No? Lo del beso.

ALFREDO.- Espero no haberte importunado. Han sido las circunstancias, por guardar las apariencias.

MERCEDES.- No, no, era lo que había que hacer. Es solo que... hacía mucho tiempo que no besaba a alguien en la boca.

ALFREDO.- Lo he hecho lo más rápido que he podido.

Pausa.

MERCEDES.- Creo que los niños se lo han pasado bien.

ALFREDO.- Se ven buenos muchachos.

MERCEDES.- Y tú estas muy guapo con corbata. Tienes buena planta.

ALFREDO.- Gracias. Te dejo descansar.

ALFREDO va hacia la puerta.

MERCEDES.- La manta.

ALFREDO.- Sí. Perdón.

ALFREDO toma la manta de la cómoda, y tapa a MERCEDES con ella. Sobre la mesilla de noche, ve la fotografía enmarcada del difunto marido de MERCEDES.

ALFREDO.- ¿Era tu marido?

MERCEDES.- Sí. Mi Antonio. Es la única fotografía que tengo de él y sale movido. Qué lástima. A veces me enfado conmigo misma, cuando paso un día entero sin acordarme de él. Pero bueno, al final todos vamos a acabar así. Incluso mis niños, a los que quiero tanto.

ALFREDO.- Lo dices muy tranquila.

MERCEDES.- ¿Y qué le voy a hacer? No tenemos alternativa. Solo tratar de disfrutar de lo que nos quede aquí, antes de reencontrarnos allá arriba. (*Cogiendo la mano de ALFREDO*) Gracias por este día.

ALFREDO asiente y sale.

8.

ALFREDO entra en su cuarto y busca en su cómoda la fotografía de AURORA. La pone en su mesilla, apoyada en el cuerpo de la lámpara. AURORA se le aparece.

AURORA.- Mercedes parece una buena mujer.

ALFREDO.- Ojalá no lo fuera. No quiero que me traten bien.

AURORA.- No me gusta verte así.

ALFREDO.- Pues no mires.

AURORA.- Es una superviviente, tiene mucho que enseñarte.

ALFREDO.- No quiero aprender nada.

AURORA lo abraza por la espalda y le pone la mano sobre el pecho.

ALFREDO.- Tenía que haber estado.

AURORA.- Alfredo, date una oportunidad.

AURORA desaparece.

9.

CATALINA, de pie, le hace una trenza en el pelo a AURORA, sentada en una silla.

CATALINA.- Se te ve mejor color.

MERCEDES.- Me siento más fuerte.

CATALINA.- Te está sentando bien la vida de casada.

MERCEDES.- Es una bendición. Alfredo cuida mucho de los niños. Tenemos comida en la mesa, y una casa caliente. Ha encontrado trabajo en el colegio del Generalísimo.

CATALINA.- Eso es que vale mucho.

MERCEDES.- Es muy buen maestro. Por las tardes enseña a leer a Eduardo y a Florián. Tienen que ponerse al día en la escuela, han perdido muchos años. Es un poco serio, pero lo adoran.

CATALINA.- ¿Y tú?

MERCEDES.- ¿Yo qué?

CATALINA.- Que si lo adoras.

MERCEDES.- Catalina, ¿Pero qué estás diciendo?

CATALINA.-Es tu marido. Digo yo que compartiendo el mismo lecho, pues que algo habrá pasado.

MERCEDES.- Dormimos en cuartos separados. Y llevamos vidas separadas. Es lo que acordamos.

CATALINA.- ¿No traerá mujeres a tu casa?

MERCEDES.- Solo ha traído una: La foto de su esposa. La semana pasada entré en su cuarto, para dejarle algo de ropa de cama. No me mires así, estoy mucho mejor, me lo tomo con calma, y me aburro de estar todo el día entre la silla y el colchón. Él estaba leyendo.

CATALINA observa cómo MERCEDES mira a ALFREDO, que continúa leyendo. Observa la fotografía de AURORA en la mesilla de noche, apoyada en el cuerpo de la lámpara. La coge y la mira. Le da la vuelta, y en el envés ve escrito un texto que no es capaz de leer.

MERCEDES.- ¿Es tu esposa?

ALFREDO alza la vista de su lectura.

ALFREDO.- Sí. ¿Puedes dejarla ahí, por favor?

MERCEDES.- Podríamos ponerle un marco.

ALFREDO.- Está bien así. Por favor, déjala.

MERCEDES la deja en su sitio.

MERCEDES.- ¿Qué pone?

ALFREDO.- Nada.

MERCEDES.- Algo pone.

ALFREDO.- Que es un recuerdo.

MERCEDES.- ¿Lo escribió ella?

ALFREDO.- Me gustaría terminar de leer el libro.

MERCEDES.- Perdona, ya me voy.

CATALINA.- Qué rancio.

MERCEDES.- No, tal vez me faltó tacto.

CATALINA.- Me extraña cuando hablas de su esposa. Su esposa eres tú.

MERCEDES.- Sí, vale. La sigue queriendo mucho.

CATALINA.- ¿Te contó lo que le pasó?

MERCEDES.- No he sabido preguntarle. Lo veo muy poco. Cuando está en casa, sale del cuarto para dar clase a los críos y poco más. Ni siquiera come con nosotros.

CATALINA.- (*Atando con una lazada el final de la trenza*) ¿Así está bien?

MERCEDES.- (*Observándosela*) Qué buena mano tienes. Cuando pueda levantar más los brazos, tienes que enseñarme a hacérmela. Así no te molestaré.

CATALINA.- Anda hija, va a ser molestia, si vivo en la puerta de al lado.

CATALINA recoge el cepillo del pelo y las horquillas.

MERCEDES.- De cualquier manera, si fue como te contaron los del pueblo, mejor no removerlo. Me lo cruzo por los pasillos y lo veo tan ausente, cargando una tristeza...

CATALINA.- Eduardo me contó que hace unos meses lo vio bañándose en el mar con ropa.

Pausa.

LAURA J. GARCÍA

MERCEDES.- Debería ayudarlo, como hiciste tú conmigo.

No sé si se dejará.

CATALINA.- Dale tiempo.

10.

EDUARDO está sentado en la mesa de la cocina, con una pizarra en sus manos. ALFREDO está junto a él.

ALFREDO.- ¿Cinco por cuatro?

EDUARDO.- ¿12?

ALFREDO.- Eso es tres por cuatro.

EDUARDO.- ¿28?

ALFREDO.- ¿Sabes qué son las multiplicaciones?

EDUARDO.- Pues son tablas, que hay que memorizar.

ALFREDO.- Sí, ¿pero sabes qué son?

EDUARDO se encoge de hombros. MERCEDES entra en la habitación, y se sienta a zurcir calcetines.

MERCEDES.- Seguid, no quería interrumpiros. Es que aquí tengo más luz.

ALFREDO.- Cinco, cuatro veces. *(Usando los dedos de una de sus manos para mostrarlo)* Uno, dos, tres, cuatro, cinco. *(Usando los dedos de la otra mano)* Uno, dos, tres, cuatro, cinco. *(Usando ambas manos)* Cinco más cinco.

EDUARDO.- ¿Diez?

ALFREDO.- Exacto. Y ahora, más cinco más cinco...

EDUARDO.- No sé, Alfredo.

ALFREDO.- Concéntrate. Puedes hacerlo. Diez. Si diez es dos veces cinco, ¿Cuánto será cuatro veces cinco?

EDUARDO.- Si tan lejos he llegado sin saberlo, digo yo que no pasará nada.

MERCEDES.- ¡Eduardo, escucha a Alfredo!

EDUARDO.- Madre, si yo no voy para ingeniero.

MERCEDES.- No, tú vas para burro.

ALFREDO.- No se trata de ser ingeniero, Eduardo, sino de que cuando seas mayor puedas dedicarte a lo que tú quieras.

EDUARDO.- ¿Y sabiendo la tabla del cinco seré lo que yo quiera? ¡Venga ya!

MERCEDES.- Pues tienes razón hijo, nada te garantiza el saberte las cuatro reglas, pero que si no las sabes no llegarás lejos, eso está garantizado. Mírame a mí.

EDUARDO.- Tampoco te va tan mal.

MERCEDES.- Hijo, por favor.

ALFREDO.- Seguiremos luego. ¿Por qué no vas a ver cómo va tu hermano?

EDUARDO sale corriendo.

MERCEDES.- Qué tozudo es, como su padre.

ALFREDO.- No ganaremos nada forzándole.

HISTORIAS QUE NO SUCEDEN

MERCEDES.- Si yo hubiera tenido esa suerte, la de tener un profesor...Y a él todo le da igual. No me gusta que los maestros peguéis a los niños, pero si es necesario...

ALFREDO.- Nunca lo he hecho. Quiero que vengan con ganas, no con miedo.

MERCEDES.- ¿Crees que a sus años podrá aprender a escribir?

ALFREDO.- Por supuesto. Es una cuestión de práctica.

MERCEDES.- Con que mis tres hijos supieran leer me moría yo contenta.

ALFREDO.- ¿Y tú?

MERCEDES.- ¿Yo?

ALFREDO.- Te vi ayer, curioseando entre mis libros.

MERCEDES.- Me gusta ver los dibujos. Así me hago una idea de lo que va.

ALFREDO.- ¿Quieres que te enseñe?

MERCEDES.- No quiero restarte tiempo.

ALFREDO.- No te preocupes por eso.

MERCEDES.- Eres muy amable, pero no creo que merezca la pena. Si fuera más joven... Pero ahora, ya, ¿para qué?

ALFREDO.- Pues para ti. En los tres meses que llevo viviendo con vosotros, no te he visto hacer una sola cosa que no fuera para los demás.

MERCEDES.- He estado mucho en cama. A esta casa aún le hace falta mucha faena. Y ahora que estoy mejor, quiero hacerla.

ALFREDO.- Serán solo unas horas al día.

MERCEDES.- ¿Por qué quieres enseñarme?

ALFREDO.- Soy maestro.

MERCEDES.- ¿Y?

ALFREDO.- Creo que leer y escribir mejorará tu vida, tanto como abrigarte o darte de comer.

MERCEDES.- Ya haces mucho por mis hijos, y por mí al fin y al cabo. No hace falta más.

ALFREDO.- Me he prometido hacerlo. Lo necesito. Por favor.

Pausa.

MERCEDES.- Está bien. Pero solo si comes con nosotros en la mesa.

ALFREDO.- Veo lo que intentas hacer, pero no voy a ocupar un sitio que no me corresponde.

MERCEDES.- ¿Qué estás diciendo?

ALFREDO.- Tú y los niños... Yo no soy parte de eso.

MERCEDES.- ¿Cómo que no? Eres mi marido.

ALFREDO.- Te lo agradezco, pero no voy a sentarme con tu familia.

MERCEDES.- Ah, que tú crees que esto es negociable... No,

Alfredo. Somos tu familia. Tú nos buscaste. Dijiste que sí ante el Señor. Tu familia en lo malo, sí, conformes todos, pero también en lo bueno.

ALFREDO.- Mercedes, que a mí lo del Señor no me compromete mucho.

MERCEDES.- Alfredo, no me rabies, que conmigo no va a servir.

ALFREDO.- ¿Pero qué más te da?

EDUARDO entra

EDUARDO.- ¿Ha acabado ya el recreo?

ALFREDO y MERCEDES.- (*Al unísono*) ¡No!

EDUARDO.- Vale, vale..

EDUARDO sale.

MERCEDES.- Vivimos aquí los cuatro y no te conocemos.
No nos dejas.

ALFREDO.- Si no hay mucho que saber.

MERCEDES.- Pues tú te sientas y comes con nosotros, y si no quieres decir nada, no lo dices. Pero te sientas.

ALFREDO.- No, no, Mercedes, muchas gracias, en serio.

11.

Comedor. EDUARDO, FLORIÁN y ALFREDO están sentados en la mesa, dispuesta para la comida. MERCEDES sirve una fuente de garbanzos en el centro. Los niños no dejan de mirar al maestro.

MERCEDES.- ¿No tenéis hambre?

EDUARDO y FLORIÁN.- Sí. sí.

Los niños dejan de mirarlo, para meter las cucharas en la fuente frente a ellos. MERCEDES come, pero ALFREDO no se mueve.

EDUARDO.- (A FLORIÁN) Te cambio mi patata por una de garbanzos.

FLORIÁN niega con la cabeza.

EDUARDO.- ¡Venga, va!

*EDUARDO trata de cogerse la cucharada por sus medios.
FLORIÁN se resiste.*

MERCEDES.- Eduardo, deja comer a tu hermano.

EDUARDO frena en sus intentos.

EDUARDO.- (A FLORIÁN) Llorica.

ALFREDO.- (A EDUARDO) Puedes comerte los míos, si quieres.

MERCEDES.- (A EDUARDO) ¡Quieto parao, tú a tu parte! (A ALFREDO) Mejor no lo premiamos.

HISTORIAS QUE NO SUCEDEN

ALFREDO.- Es que iba a retirarme, no tengo hambre.

MERCEDES.- Por favor, Alfredo.

ALFREDO.- Si hasta a vosotros se os está haciendo raro verme.

EDUARDO.- No, es que... nos temíamos que nos fuera a poner ejercicios de mates si queríamos comer.

MERCEDES.- (*Riendo, a ALFREDO*) Pues es una buena idea, ¿No te parece?

ALFREDO.- No sé. (*Pausa. Sonríe levemente.*) Aunque podría resultar.

EDUARDO y FLORIÁN.- (*Empiezan a comer deprisa*) No, no, no, no...

12.

Los niños se levantan y salen corriendo. MERCEDES comienza a recoger la mesa. ALFREDO también lo hace.

MERCEDES.- No te preocupes.

ALFREDO.- Deja que recoja yo, que tú no estás bien.

MERCEDES.- Me encuentro cada vez mejor. Hasta he ganado algo de peso.

ALFREDO continúa recogiendo.

MERCEDES.- Bueno, si insistes. (*MERCEDES se sienta.*)

ALFREDO.- ¿Y el babo... pequeño no come?

MERCEDES.- Siempre le doy de comer antes, y ya lo dejo durmiendo la siesta. Si no me organizo así, no doy abasto.

ALFREDO.- Lo entiendo.

MERCEDES.- Es verdad, ¿Cómo te va en el Colegio?

ALFREDO.- Me cuesta acostumbrarme a algunas cosas. Nunca había tenido jefes, ni había tenido que cantar tanto.

MERCEDES.- ¿Cantar?

ALFREDO.- Las grandes coplas: *Cara al sol* al entrar, *Cara al sol* al salir... Con unos rezos entre medias. Con lo mal que entono...

MERCEDES.- Los nuevos tiempos.

ALFREDO.- Pero los niños son agradables. Aunque a veces usan unas palabras, que no lo entiendo.

MERCEDES.- ¿Qué clase de palabras?

ALFREDO.- De la zona de aquí: *bacorero, chafacarrisos, coenta...*

MERCEDES.- Espero que no te las digan a ti.

ALFREDO.- No, no, entre ellos.

MERCEDES.- Idiota, fea... *Tontás* de críos.

ALFREDO.- “¡Que estás *enjugascao!*”.

MERCEDES.- Esa te pega. Es algo como “*distraído*”, pero más como cuando estás en la habitación leyendo, y yo entro, y ni siquiera me ves porque estás ahí metido, entre las páginas.

ALFREDO.- Como estar inmerso.

MERCEDES.- Sí, algo así, como hipnotizado por algo que te gusta mucho. Para ser como dices de Murcia, entiendes muy poquito.

ALFREDO.- Si es que en realidad soy más manchego que otra cosa.

MERCEDES.- ¿Echas de menos tu tierra?

ALFREDO.- A mi familia. Pero, ¿qué iba a hacer yo allí?

MERCEDES.- Pues lo mismo que aquí. Digo yo que allá habrá escuelas.

ALFREDO.- No me contratarían. Mi hermano está en la cárcel, y allí a cualquiera del que tengan la mínima sospecha lo tienen bien fichado. Y aquí, porque les faltan maestros y no se han puesto a cotejar.

MERCEDES.- ¿Tu hermano era republicano?

ALFREDO.- No era nada. Lo denunció un vecino, para ganarse el favor de los que mandan. Fue su palabra contra la suya.

MERCEDES.- Vaya. Lo siento.

ALFREDO.- Yo sí soy republicano. Bueno, en teoría, porque tampoco combatí ni hice nada de nada.

MERCEDES.- Ten cuidado con lo que dices, que aquí no se lo piensan dos veces antes de ponerte frente a la tapia. Y ni se te ocurra decirlo delante de los niños, que luego todo lo largan por ahí.

ALFREDO.- No me da miedo que maten.

MERCEDES.- Pues a mí sí. Eres mi familia.

13.

En la casa, ALFREDO y MERCEDES están sentados a la mesa.

ALFREDO.- ¿Has hecho los ejercicios que te mandé?

MERCEDES le acerca la pizarra.

ALFREDO.- No está mal. Vas cogiendo soltura.

MERCEDES.- Y he podido leer el periódico.

ALFREDO.- ¿Entero?

MERCEDES.- No hombre, tampoco. Algunas partes, las de los estrenos de los cines.

ALFREDO.- ¿Te gusta el cine?

MERCEDES.- Nunca he ido. Pero me dio curiosidad, en los carteles habían mucha gente que parecía interesante.

ALFREDO.- Había gente.

MERCEDES.- Habían.

ALFREDO.- No se dice así.

MERCEDES.- Aquí sí.

ALFREDO.- ¿Y qué echan?

MERCEDES.- Pues una de ladrones, que es de risa dicen.

ALFREDO.- ¿Y cómo es que nunca has ido al cine?

MERCEDES.- Es muy caro. Yo me paso la vida contando las pesetas.

ALFREDO.- Vamos.

MERCEDES.- ¿Al cine?

ALFREDO.- Y nos llevamos a los muchachos.

MERCEDES.- Es que esa yo para niños no sé si la veo...

ALFREDO.- ¿Y si vamos sin ellos?

MERCEDES.- ¿Tú y yo solos?

ALFREDO.- No, no, tienes razón.

MERCEDES.- ¡Si no he dicho nada! Es que nunca hemos ido a ninguna parte, tú y yo.

ALFREDO.- Pero podemos hacerlo. Tenemos coartada.

MERCEDES se ríe.

MERCEDES.- ¿Vamos el sábado?

Pausa. ALFREDO sonrío.

ALFREDO.- Me parece bien.

14.

CATALINA recibe a MERCEDES en su casa.

MERCEDES.- ¿Me podrías hacer algo en el pelo?

CATALINA.- ¿Ahora mismo? ¿A qué tanta presura, *velosipida*?

MERCEDES.- Me voy al cine esta tarde.

CATALINA.- ¿Con tu marido? ¿Y qué te vas a poner?

MERCEDES.- ¡Pues qué me voy a poner: lo que tengo!

CATALINA.- A ver si puedo yo prestarte algo que no esté viejo...

CATALINA sale un momento. Mientras, MERCEDES se mira al espejo y se pellizca las mejillas.

MERCEDES.- (*Gritando, a CATALINA*) Tampoco es para tanto.

CATALINA entra, con un vestido de color azul en las manos. MERCEDES lo coge y lo mira de cerca.

MERCEDES.- ¡Qué bonito!

CATALINA.- Era de mi hermana. Si te gusta te lo quedas.

MERCEDES.- De la Felisa... No puedo aceptártelo.

CATALINA.- Ella donde está ya no lo va a usar. Además, ya que me he quedado para vestir santos, qué mínimo vestirme a ti.

MERCEDES.- No digas eso. Ya verás cómo tendré que devolvértelo, para que lo lles con alguno.

CATALINA.- Quita, quita, si yo estoy muy a gusto como estoy.

15.

ALFREDO mira la foto de AURORA, en su dormitorio. Ella aparece.

AURORA.- Tienes que dejar de pensarme.

ALFREDO.- Prometí honrarte siempre.

AURORA.- Y lo haces. Pero podrías hacerlo mejor.

ALFREDO.- Ya lo hemos hablado.

AURORA.- Por favor, Alfredo.

ALFREDO.- Eres el amor de mi vida.

AURORA.- Pero tú no puedes ser el de la mía. Estoy muerta,
Alfredo.

Silencio.

ALFREDO.- Cada vez me cuesta más imaginarte.

AURORA.- Pues no me imagines. Con el recuerdo es suficiente.

MERCEDES llama a la puerta. AURORA desaparece.

MERCEDES.- (Al otro lado) Alfredo, ¿Estás?

ALFREDO.- Sí, ya salgo.

ALFREDO se percata de que AURORA ha desaparecido. Coge su chaqueta, guardando la fotografía en un bolsillo. Antes de salir, vuelve a sacar la fotografía, y la deja en un cajón.

16.

ALFREDO camina de regreso a casa junto a MERCEDES.

MERCEDES.- Imaginaba algo así, pero no tanto. Impresiona la pantalla. Parece que los actores se te fueran a caer encima.

ALFREDO.- Me he dado cuenta, me agarrabas la mano.

MERCEDES.- Perdona.

ALFREDO.- No pasa nada. ¿Te lo has pasado bien?

MERCEDES.- Mucho.

ALFREDO.- Tu vestido es muy bonito.

MERCEDES.- Tal vez es un poco exagerado, ¿no?

ALFREDO.- ¿Por qué?

MERCEDES.- O seré yo, que llevo años de negro.

ALFREDO.- Yo te veo muy bien. ¿Cómo se habrán portado nuestros chavales?

Pausa.

MERCEDES.- No te preocupes, la Catalina los maneja bien.

ALFREDO.- ¿Tiene familia?

MERCEDES.- Vivía con su hermana en Alicante. Se murió la pobre y ella se vino al pueblo. Le queda un tío, en Zaragoza, creo. Cada año me dice que se va a ir para allá con él, y cada año se queda.

ALFREDO.- ¿Qué le pasó?

MERCEDES.- ¿A la hermana? Murió en el bombardeo del Mercado Central.

ALFREDO.- No he oído hablar de ello.

MERCEDES.- Fue en el 38. *Murieron mucha gente*, cuatrocientos o así, y heridos ya ni te cuento. Una masacre.

ALFREDO.- Joer.

Pausa.

MERCEDES.- La película muy divertida, ¿eh?

ALFREDO ríe. MERCEDES le da un beso en la mejilla.

ALFREDO.- ¿Y eso?

MERCEDES.- Es que me ha gustado verte así, riendo.

ALFREDO sonríe, y cambia el gesto.

ALFREDO.- Estoy deseando llegar a casa.

MERCEDES.- ¿Sí?

ALFREDO.- Tengo lecturas que hacer, para las clases.

MERCEDES.- Ah.

ALFREDO.- ¿Cómo vas con la novela?

MERCEDES.- Ayer la terminé.

ALFREDO.- ¿Te ha gustado?

MERCEDES.- Esperaba otra cosa.

ALFREDO.- Lo siento. Te daré una mejor.

Silencio.

17.

Misma noche. Dormitorio de ALFREDO. Él sostiene un libro en su mano, alargándose a MERCEDES, que espera en la puerta.

ALFREDO.- O mejor este. Creo que te va a gustar mucho.

MERCEDES.- (*Leyendo*) “Rimas y leyendas”.

ALFREDO.- Es un clásico. Ya me dirás qué te parece.

MERCEDES.- Lo haré.

Silencio.

ALFREDO.- Bueno, que descanses.

MERCEDES.- Sí, tú también. (*Pausa*) Hasta mañana.

MERCEDES sale. ALFREDO se tira sobre la cama. AURORA se aparece, como si siempre hubiera estado ahí.

AURORA.- No entiendo bien qué estás haciendo.

ALFREDO.- No puedo.

AURORA.- La quieres.

ALFREDO.- Pues no debo.

AURORA.- Es tu mujer.

ALFREDO.- No lo merezco.

AURORA.- Dios santo, Alfredo, deja ya de pensar.

ALFREDO.- No estoy pensando, es que...

AURORA.- Lo que pasó aquel día no tiene nada que ver contigo. Los escenarios que edificas en tu cabeza, el análisis pormenorizado de las horas, cada variable, cada acción: si hubiera vuelto antes, si no hubiera dicho esta frase, si me hubiera comportado de otra manera... Es un dolor que no acaba nunca, y que no comienza en mí, (*AURORA toca la frente de ALFREDO las tres veces*) comienza aquí, se reproduce aquí y se muere aquí. Fue un accidente, una acumulación nefasta de casualidades. Mira a tu alrededor: mientras tú ahondabas aquí dentro, ahí afuera ha pasado un año. Se te está pasando la vida. Si quieres honrarme no desperdicies el tiempo, que a mí no me queda nada.

Llaman a la puerta. AURORA desaparece.

ALFREDO.- ¿Sí?

MERCEDES.- (*Al otro lado de la puerta*) Perdona, vengo a...

ALFREDO.- Pasa.

MERCEDES.- Será solo un segundo. Es que está refrescando y...

ALFREDO se levanta y besa a MERCEDES.

ALFREDO.- Venías a por una manta.

MERCEDES.- Ya no importa.

Se besan de nuevo.

18.

A la mañana siguiente. En casa de CATALINA, EDUARDO y FLORIÁN desayunan pan con aceite y azúcar. CATALINA camina con ROQUE en brazos.

EDUARDO.- ¿Y nuestra madre?

FLORIÁN.- ¿Podemos irnos ya a casa?

CATALINA.- Hasta que no vuelva, no.

EDUARDO.- Si es la puerta de al lado...

CATALINA.- ¿Por qué no nos vamos a la playa a recoger
dochinas?

FLORIÁN.- ¡O a *esclafar* medusas muertas!

EDUARDO.- ¡*PLASH!*

CATALINA.- Bueno, lo vamos viendo.

19.

MERCEDES se viste, sentada al borde de la cama. ALFREDO le besa el cuello. Ella le corresponde con otro beso.

MERCEDES.- Catalina debe estar hasta el moño.

ALFREDO.- Por un rato más tampoco creo que pase nada.

Vuelven a besarse.

MERCEDES.- Debemos ir.

ALFREDO.- Lo sé.

MERCEDES recoge la ropa de cama, mientras ALFREDO termina de vestirse. Al guardarla en el cajón, ve la fotografía de AURORA. Lee la nota del reverso.

MERCEDES.- Es una nota de suicidio.

ALFREDO.- La escribí hace mucho tiempo.

MERCEDES.- Suerte que no lo hiciste.

ALFREDO.- Lo intenté. Me adentré en el mar, y dejé que las olas me llevaran de vuelta. Pero no ocurrió. Me volvieron a la costa. Entonces vi a nuestros niños pidiendo a los pescadores. Y lo entendí. Darme la muerte me aliviaría del dolor. No lo merecía. No merecía nada. Pero los niños, tú... Podía algo bueno por una vez.

MERCEDES.- Eres un buen hombre.

ALFREDO.- Aquella mañana discutimos y me marché. No quería escucharla más. Era noviembre, hacía bastante frío. Encendió la chimenea y el fuego le prendió la falda. Cuando llegué a casa, nuestro sueño era ceniza. Si me hubiera quedado...

MERCEDES.- No fue tu culpa.

ALFREDO.- Era el amor de mi vida y se murió sola.

MERCEDES.- ¿Sabes cuántas veces he pensado en todo lo que podría haber evitado la muerte de mi marido? Cuánto me he imaginado volviendo atrás... Advertirle del oleaje, de las redes de cuerda... Si no hubiera sido pescador, si se hubiera dedicado al campo... Si no me hubiera conocido, si no hubiéramos necesitado el dinero para mantener a los niños... Todos esos pensamientos te desordenan, se te hacen remolino sobre un sumidero oscuro. Se tragan tu vida. Y sólo paran cuando aceptas que lo que ha sido no puede cambiarse.

ALFREDO.- Podríamos no haber venido. Podría haberme casado.

MERCEDES.- Y podrías haberte dado muerte, podrías haberte ahogado en el mar. Podrías no habernos ayudado. Esas fueron decisiones grandes, pero cada día hacemos elecciones pequeñas igual de importantes, capaces de agitarlo todo. Los muertos no tienen esos problemas, porque es lo que tiene vivir. Piensa en todo lo que has

hecho después: mi marido era el amor de mi vida, pero
Alfredo, tú te has convertido en la vida misma.

ALFREDO.- Y vosotros en la mía.

EPÍLOGO.

MERCEDES.- Aquel verano, sentados en la playa, no podía dejar de mirar a Alfredo. Él observaba a los niños jugando con el mar. Eduardo y Florián se hacían gamberradas mientras Roque, que ya no babeaba, construía castillos en la arena. A veces nos traían piedras, conchas, y otros descubrimientos. Alfredo los guardaba como si fueran tesoros. Allí me contó cómo el océano había vuelto a serle agua. Había encontrado la paz dentro de sí. Yo le confesé que la tranquilidad duraría poco: “el próximo verano seremos uno más”. Se quedó callado unos segundos, y me contestó, sonriendo: “espero que sea niña”. Es gracias a las clases de tu padre, hija, que pude escribirte su relato. Ahora eliges tú hacerlo ser para siempre. Porque las historias que no se cuentan, no suceden.

FIN



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA